MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616)

MAYO 2016

SUPLEMENTO REVISTA GENERAL DE MARINA

REVISTA
GENERAL
DE
MARINA

FUNDADA EN 1877
AÑO 2016
SUPLEMENTO
MAYO
TOMO 270

Nuestra portada: Composición fotográfica. (Tercio de Armada).

SUPLEMENTO
REVISTA GENERAL DE MARINA
MIGUEL DE CERVANTES
(1547-1616)

CARTA DEL DIRECTOR 3

UN SOLDADO LLAMADO MIGUEL DE CERVANTES (2016) 5
Agustín R. Rodríguez González, doctor en Historia; académico correspondiente de la Real Academia de la Historia

CERVANTES, SOLDADO DE MAR DE INFANTERÍA ESPAÑOLA. BATALLAS Y COMBATES EN QUE PARTICIPÓ (2016) 17
Luis Solá Bartina, coronel de Infantería de Marina (RR)

LA VIDA MILITAR DE MIGUEL DE CERVANTES (1947) 31
Luis M. Morente

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, SOLDADO DE MARINA (1971) 39
J. Fernández Gaytán, coronel de Infantería de Marina

MIGUEL DE CERVANTES, COMISARIO DE BASTIMENTOS DE LA ARMADA (1970) 55
J. Guillén Salvetti, capitán de Intendencia

CERVANTES Y EL LENGUAJE DE LAS GALERAS (2011) 59
José L. Hernández Pasquín, teniente de navío (R)

CERVANTES Y EL MAR (2008) 65
Eduardo Martínez Rico

LAS ARMAS Y LAS LETRAS SEGÚN CERVANTES (1905) 75
Francisco Cabrerizo, contador de navío de 1.ª clase

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE (1905) 79
Cesáreo Fernández Duro

EDITA:

MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Depósito legal: M. 1.605-1958
ISSN: 0034-9569
NIPO: 083-15-012-8 (edición en papel)
NIPO: 083-15-014-9 (edición en línea)

Director: Capitán de navío Antonio M. PÉREZ FERNÁNDEZ
Corrección de estilo: REVISTA GENERAL DE MARINA
Diseño gráfico y maquetación: REVISTA GENERAL DE MARINA
Imprime: Servicio de Publicaciones de la Armada

Dirección y Administración:
Cuartel General de la Armada - Montalbán, 2 - 28071 MADRID
Teléfono: 91 379 51 07. Fax: 91 379 50 28
Correo electrónico: *regemar@fn.mde.es*

Publicidad:
Editorial MIC
C/ Artesiano, s/n (Pol. Ind. Trobajo del Camino). 24010 León
Tel.: 902 271 902 / Fax: 902 371 902
direccion@editorialmic.com / *marketing@editorialmic.com*

Precio ejemplar (IVA incluido):		**Suscripción anual (IVA incluido):**	
España	1,65 €	España	14,88 €
Unión Europea	2,10 €	Unión Europea	19,57 €
Otras naciones	2,25 €	Otras naciones	20,16 €

VENTA EN ESTABLECIMIENTOS

BURGOS.—Librería *Del Espolón*. Espolón, 30
CÁDIZ.—Librería *Jaime*. Corneta Soto Guerrero, s/n
FERROL.—*Kiosko Librería*. Sol, 65 / *Central Librera Ferrol S. L.*, Dolores, 2
MADRID.—Cuartel General de la Armada. Fundación Museo Naval, Montalbán, 2 / Ministerio de Defensa. Pedro Teixeira, 15, bajo / Almacén del Centro de Publicaciones. Camino de los Ingenieros, 6 / Librería *Moya*. Carretas, 29 / *Diálogo Libros*. Diego de León, 2
SANTANDER.—Librería *Estudio*. Avenida de Calvo Sotelo, 21
SEVILLA.—Museo Marítimo *Torre del Oro*. Paseo de Cristóbal Colón, s/n
ZARAGOZA.—Publicaciones *ALMER*. Cesáreo Alierta, 8

VENTA ELECTRÓNICA

publicaciones.venta@oc.mde.es

CARTA DEL DIRECTOR

Estimados y respetados lectores:

ESTE año se está conmemorando el *cuarto centenario* de la muerte del que ha sido la máxima figura de la Literatura Española y autor de la obra más leída en todo el mundo, Miguel de Cervantes Saavedra, cuya biografía, no exenta de lagunas y ambigüedades, está basada en datos objetivos documentales de la época y en la propia obra del autor, en la que fue insertando a través de sus personajes fragmentos de su propia vida, ya fueren reales o fabulados.

La vida del *Príncipe de los Ingenios* está marcada por el trinomio armas, mar y pluma. La mar tiene un protagonismo determinante en su vida y en su obra. Sin la mar no se entendería al soldado Cervantes, marcado por los servicios desarrollados durante años a bordo de las galeras y la dura vida en ellas, como tampoco podemos saber cómo habría sido su obra sin mediar haber vivido la experiencia de años de campañas navales que marcaron su personalidad, sus recuerdos y que han quedado reflejadas frecuentemente en ella.

La Armada, al igual que otras instituciones públicas y privadas, rendirá homenaje en tan señalada efeméride al *Inmortal autor* con una serie de actividades que se llevarán a efecto durante el año, una de las cuales es este suplemento monográfico de nuestra REVISTA en el que se integran artículos ya publicados en ella sobre el *Manco de Lepanto* a lo largo de sus casi ciento treinta y nueve años de historia con otros de elaboración actual. Ello se patentiza en sus diferentes redacciones y normas ortográficas empleadas, acordes con los años de su escritura.

Aunque en ocasiones se pretenda presentar su biografía con cierta parcialidad interesada, los datos objetivos derivados de su vida y de su obra dejan incuestionablemente evidente que fue un soldado de mar de Infantería españo-

la, o un soldado de Infantería de armada, que sirvió a bordo de galeras en tercios asignados de forma casi permanente en las escuadras o armadas navales, cuyas actividades militares conocidas se realizaron exclusivamente en o desde la mar, en definitiva un *soldado de mar* o un *infante de marina*.

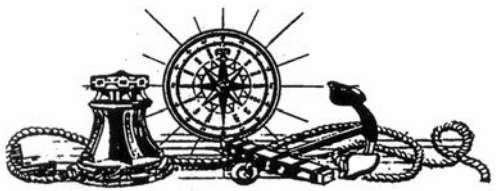
Es necesario recordar, como veremos en los artículos que integran este suplemento, que en la segunda mitad del siglo XVI y en la primera del XVII no existían ni la Armada ni el Ejército de Tierra por lo que no se puede contemplar su vida militar con la perspectiva de hoy. Los militares españoles de entonces habían jurado servir con las armas a su Rey y a su Religión, y era totalmente secundario que fuese en la mar o en tierra. A bordo de las galeras la tripulación la integraban la *guarnición, gente de armas* o *gente de guerra*, que eran soldados que desempeñaban el papel fundamental en el combate, entre los que se encontraba Cervantes; y la *gente de cabo* o *gente de mar* que eran los encargados de la navegación y de las faenas marineras, y era un miembro de la *guarnición* el que desempeñaba el mando de la nave.

Pero además de su período como soldado de mar, una vez solicitado y concedido su retiro su relación con la mar y las armadas no desaparece, ya que durante años se dedicó a proveerlas de vituallas y utensilios así como a recaudar impuestos para las campañas navales emprendidas por el Rey.

Si el más sublime escritor de la Literatura española no hubiese desarrollado su vida militar en o desde las galeras, sus experiencias y recuerdos habrían sido completamente diferentes, con el correspondiente reflejo en su personalidad y en su obra. La mar y la milicia están íntimamente ligadas a él y la mar envuelve su vida y su obra.

Sin duda, Miguel de Cervantes Saavedra y su brillante obra literaria son motivos de orgullo para las Fuerzas Armadas españolas y para España.

Antonio Manuel PÉREZ FERNÁNDEZ



UN SOLDADO LLAMADO MIGUEL DE CERVANTES

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia
Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia

ONMEMORAMOS este año el cuarto centenario de la muerte de un hombre que es símbolo de nuestra cultura y de nuestra lengua: don Miguel de Cervantes Saavedra, que hasta tal punto llega su valoración entre nosotros y en todo el mundo.

Y en la vida y la obra de este hombre tiene protagonismo especial, y por muchos motivos, sus largos años de servicios en la mar, por su recordada participación en la batalla naval de Lepanto, que él encomió tanto y de la que tanto se honró, y también por las menos recordadas del año anterior, en buena parte estéril pero que le sirvió de aprendizaje, y en las de los tres años siguientes a la famosa batalla, Navarino, Túnez y Socorro de la Goleta, dejando de todas ellas recuerdos no ya en algunas de sus obras, sino en la que le convirtió en inmortal: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Por no hablar de que, a la vuelta a España, tras tan meritorios servicios y con sus honrosas heridas, fue apresado por corsarios berberiscos, tras luchar junto con su hermano, a bordo de la galera *Sol*, sufriendo seguidamente su largo y penoso cautiverio en Argel, pese a sus varios intentos de fuga, que le valieron nuevas penalidades, hasta que pudo ser pagado su rescate.

Y todo para al volver finalmente a la patria, descubrir que sus servicios han sido prácticamente olvidados y que han muerto sus valedores de antaño. Aquellos que reflejaban las cartas de presentación que portaba y que solo sirvieron para que los argelinos le creyeran rico y de alta alcurnia, encareciendo y haciendo casi imposible su rescate. Que así de amarga fue la gloria y cortas las recompensas para don Miguel.

Resulta imposible entender su vida y su obra, su fina pero siempre amable ironía, su desapego ante el éxito y su determinación de que las altas causas valen la propia vida y la ennoblecen, aunque no haya recompensa alguna, en

Miguel de Cervantes.

esos denodados servicios por mar, realizados los tres últimos años ya con su mano izquierda inútil. Pero siempre prestando servicio en la dura vida de una galera, expuesto en su desprotegida cubierta a los elementos, sufriendo la falta de espacio, el rancio y escaso rancho, o arriesgando la vida en un combate naval o al saltar a tierra en un desembarco.

No podemos saber quién hubiera sido Cervantes de no mediar esos diez años de campañas navales y de cautiverio en el Mediterráneo, en plena juventud, solo podemos afirmar que sin esas experiencias cruciales, hubiera sido una persona y un escritor muy distintos.

Los Tercios: una gloria compartida entre el Ejército y la Armada

Pero parece que en los últimos tiempos el recordar que Cervantes sirvió toda su vida militar como un soldado embarcado, y no precisamente de transporte en una galera, pretende ser olvidado por los que recalcan lo de «infante» pero desdeñan «de Marina», como algo accesorio y poco menos que irrelevante.

Nada se puede afirmar tratándose de ucronías, pero mucho nos tememos que si Cervantes hubiera luchado exclusivamente por tierra, en Flandes, Alemania o el norte de Italia, sus experiencias y recuerdos hubieran sido radicalmente distintos, con las consecuencias previsibles en su personalidad y en sus escritos.

Ello se enmarca en una polémica, bastante reciente, sobre si las unidades en que sirvió Cervantes eran o se pueden considerar de Infantería de Marina.

La base para tal pretensión es, investigando la documentación de la época, descubrir si tal o cual Tercio de Infantería fue creado específicamente para combatir por tierra o por mar, y que mientras en dichos papeles no aparezcan con toda claridad la exclusividad de esos servicios navales, debe entenderse que la unidad pertenecía al Ejército, pura y enteramente.

No entraremos en tan erudita discusión, porque el planteamiento, de entrada, nos parece equivocado. Un error muy común, incluso entre los profesionales de la Historia, es contemplar el pasado desde nuestra perspectiva de hoy día, creyendo que las cosas han variado poco o nada desde entonces.

Lo cierto es que las cosas han cambiado mucho desde el siglo XVI y XVII, época dorada de nuestros Tercios, pues entonces nuestros militares ni se planteaban si pertenecían al Ejército o la Armada: ellos habían jurado servir con las armas a su rey y su religión, y si era por tierra o por mar, se trataba de una cuestión absolutamente secundaria, fruto de las circunstancias o de las aptitudes y gustos de cada uno.

Don Álvaro de Bazán.

Por citar un caso bien conocido, tenemos al famoso capitán Alonso de Contreras, cuyo *Discurso de mi vida* es lectura que recomendamos a todos. Pues bien, el madrileño, que se alista como soldado de Infantería, desarrolla principalmente su actividad como corsario en el Mediterráneo, al mando de una o dos fragatas, y termina mandando una división de galeones con los que acude al Caribe y tiene allí combates con corsarios ingleses, lo que no le impide después ser capitán de coraceros a caballo, gobernador de una ciudad italiana, redactar un derrotero del Mediterráneo, etcétera.

Pero hay más, nada menos que don Alonso de Bazán y Guzmán, seguramente el mayor de los marinos españoles de todos los tiempos, recibió de su agradecido monarca, Felipe II, y en recompensa por su crucial papel en la anexión de Portugal el título de «Capitán General de la gente de guerra» de ese reino, y como él, también otros grandes marinos posteriormente, como don Fadrique de Toledo por Felipe IV. En absoluto se especifica si por tierra o por mar, porque los dos servicios son uno y el mismo. Como don Juan de Austria era Capitán General de la Flota de la Liga Santa, tanto si operaba en el mar como si lo hacía en tierra, y no había mando supremo alguno de las tropas embarcadas que se distinguiera del naval.

Porque, de hecho, no existían formalmente entonces un Ejército y una Armada diferenciados y con escalafones distintos, todo hay que decirlo. Y porque ni Cortés ni Pizarro dejaron de ser militares, y de los más grandes que ha dado España, pese a no estar encuadrados en ningún Tercio ni combatir al frente de ellos.

La recluta y la vida a bordo

Recordemos como se efectuaba la recluta de los soldados de los Tercios: el Rey comisionaba a un capitán para que alistara soldados en tal o cual comarca, acompañado regularmente de su alférez, uno o más sargentos, tambores y escribano. Así se recorrían los pueblos de la zona, «tocando cajas» y animando al enganche a los posibles voluntarios. Concluida la recluta, iban a pie hasta un puerto mediterráneo, normalmente Cartagena, pero también Barcelona, Valencia u otros, y se embarcaban en galeras para hacer la travesía a Italia. Y así conoció Cervantes la Barcelona que describe en *El Quijote* y más de un puerto y ciudad italianos que describe en otras de sus obras.

Pero al embarcar, el papel de los reclutas cambiaba radicalmente, pues en absoluto eran «infantería de transporte», sino que se le señalaba a cada uno su puesto y misión en el combate, pues el enemigo estaba al acecho en nuestras propias costas, singularmente los corsarios berberiscos, también otomanos y otros enemigos, y desde el momento de su embarque el recluta se convertía en soldado, aún bisoño, pero dispuesto a la lucha. El mismo Contreras asistió al primer combate de su vida en esa primera travesía, y Cervantes no conoció otros, como ya hemos recordado.

Así que al bautismo de mar se unía el de fuego, lo que marcaba decisivamente a aquellos hombres. Luego, ya en Italia, «tierra de promisión» para aquellos «bisoños», se completaba su entrenamiento, y o bien quedaban allí, porque el frente mediterráneo fue siempre muy importante, o partían a pie por el famoso «Camino Español» a Flandes o a Centroeuropa. Otros salían de puertos atlánticos, Cádiz o Coruña, y en galeones, con otros destinos, pero la situación general era la misma, y esa primera experiencia les influía profundamente tanto en lo personal como en lo profesional. La navegación y la guerra naval era algo que asumían sin mayor problema, y es más: se esperaba de ellos. Muy malos servidores del Rey hubieran sido en la defensa del mayor imperio oceánico que hasta entonces conoció la Historia si no hubiesen sido así.

Aún hay más: en nuestros buques el gentilicio «dotación» abarcaba tanto la «tripulación» como la «guarnición». La primera, la llamada entonces «gente de cabo», los hombres que se encargaban de la navegación, eran marineros mercantes o pescadores movilizados para la ocasión y que por ello gozaban del monopolio de los oficios relacionados con el mar, gente considerada como

desempeñando un «oficio mecánico» y por tanto de inferior consideración social. Aparte estaba la «guarnición», la llamada por entonces «gente de armas», que eran justamente soldados. Un buque de guerra no se consideraba «armado» y listo para el combate sin tener a bordo su «guarnición». Y por supuesto, el mando de la galera o el galeón lo desempeñaba un soldado, con experiencia de navegación y combate en la mar, por supuesto, pero un soldado. El «maestre», «patrón», «pilotos» o lo que fueran, intervenían solamente en la navegación normal, y los soldados se hubieran negado en principio a obedecerlos, y más en combate.

Nada que ver por tanto con la situación actual, por lo que ciertas conclusiones solo pueden ser calificadas como apresuradas o poco informadas.

El combate

Resultaba, asimismo, que el combate naval que debían afrontar esos soldados era por completo distinto al de tierra, y requería unas tácticas, armas y organización por completo distintas, lo que exigía a su vez un entrenamiento diferente en grado sumo.

Maqueta mostrando la proa artillada de una galera. (Foto: cortesía de C. Busquets).

En primer lugar y salvo para ocasiones muy especiales, nadie esperaba que en combate en tierra las compañías de un Tercio operasen aisladas. Sin embargo, al embarcar esa era la norma: cada una lo hacía en una galera o en un galeón, y eso cuando no se repartían entre varios buques más pequeños o para reforzar las guarniciones de los más grandes. Así se quebraba por entero la cadena de mando usual en tierra y se entraba en otra, muy distinta.

En aquellos tiempos, en que la artillería naval era de lento disparo y recarga, y de inciertos resultados salvo a muy corta distancia, el papel fundamental en el combate correspondía a la «guarnición», que no solo operaba mosquetes y el más ligero arcabuz, sino que manejaba los «esmeriles», piezas intermedias entre el pesado mosquete y los cañones. A cada soldado se le asignaba su puesto en el buque, su misión y el punto o zona que debía batir con su fuego, todo con el propósito de «ablandar» la resistencia enemiga y pasar luego al abordaje, protegiéndose del fuego enemigo con las «empavesadas», o parapetos de circunstancias en las bordas del buque.

El abordaje, pese a la distorsionada imagen creada por las películas «de piratas», era un asunto duro y complicado, pues tras el fuego preparatorio, y el lanzamiento de granadas y otros proyectiles, se echaban los arpeos al buque contrario, se aseguraba, incluso con cadenas, que el buque enemigo no pudiera huir, y se enviaban trozos de abordaje especializados a los puntos decisivos del buque enemigo: la popa, donde estaba el timonel y los mandos, y finalmente el combés, donde se hallaba el grueso de la dotación.

Es de reseñar que en la composición de tales trozos, la mitad o más de los asaltantes iban armados con arcabuces, proporción y uso táctico completamente distintos de los habituales en tierra, con la consigna de disparar a distancia «que os salpique la sangre del enemigo», a bocajarro, para abrirse rápidamente paso y desmoralizar al contrario. El apoyo venía dado por unos cuantos soldados con espada, a veces alabardas, medias picas o chuzos (la larga pica era poco usada en la mar) y unos cuantos marineros con hachas, para cortar jarcia y cabos de labor.

Así que la imagen del cuadrado erizado de picas que formaba el Tercio en tierra en disposición para la batalla, tan representada en los lienzos de la época, era desconocida en los combates navales, donde era imposible formar el conocido «erizo» de picas, indispensable entonces en tierra tanto para el ataque como para la defensa. Y las cualidades y aptitudes requeridas para luchar formado en dicha «falange» y las indispensables para combatir embarcado, se tendrá que reconocer eran bien distintas.

Tan formidables eran los infantes españoles embarcados de la época, que no solo se debe a ellos la gran victoria de Lepanto, sino que eran temidos por enemigos como ingleses, holandeses y franceses, que rehuían siempre el abordaje e incluso la lucha a corta distancia con los galeones españoles; y preferían hostigarlos con fuego de artillería a larga distancia, por inefectivo que

fuera, y lanzando contra ellos «brulotes» o buques incendiarios, para abrasarlos o, al menos, romper su línea de combate.

Pelear a corta distancia o al abordaje con un galeón español era literalmente suicida, y así los holandeses llegaron a adoptar el desesperado recurso de dar fuego a sus santabárbaras cuando veían sus cubiertas dominadas por sus enemigos, teniendo al menos la compensación de llevarse consigo a sus vencedores. También lo utilizaron luego como táctica, simulándolo para conseguir que los españoles abandonaran su ya segura presa.

Las tácticas de combate de la infantería naval eran pues, muy distintas de las utilizadas en combate terrestre, incluyendo argucias como no disparar todas las bocas de fuego en una única andanada, lo que, esperado por el enemigo, hacía que aguantaran la «rociada» a cubierto para luego incorporarse para la lucha, contando con la lenta recarga, si no dejar la mitad para una segunda descarga que sorprendía al enemigo al descubierto.

Con tácticas como esas, vencieron los hombres del Tercio de Lope de Figueroa en Lepanto y en Las Terceras a otomanos y franceses. Pero, por lo visto, tal Tercio no era suficientemente «naval», puestos a elegir entre la realidad de los hechos y las disposiciones burocráticas.

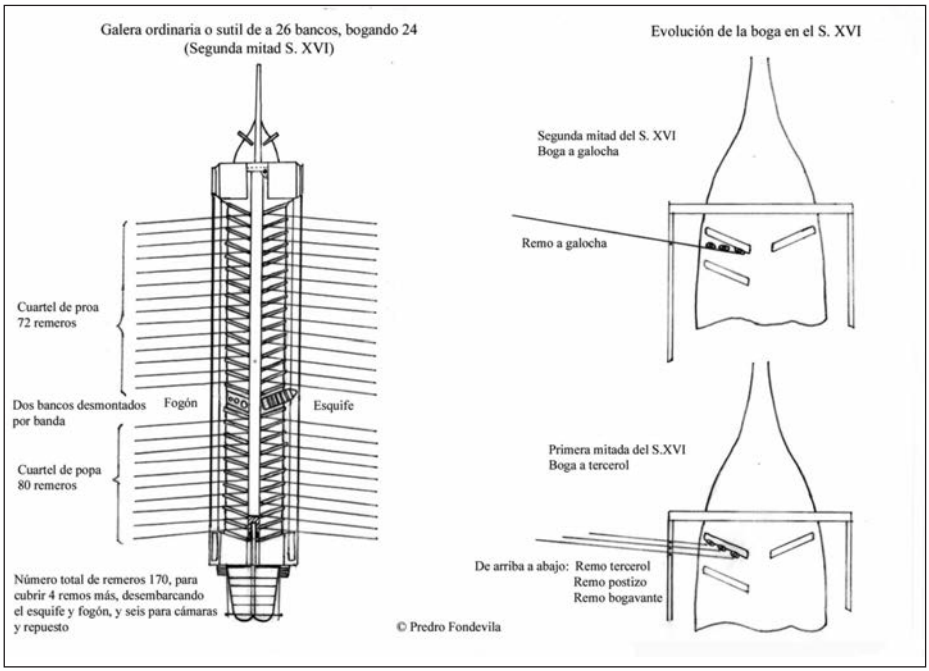
Dejamos a un lado, por obvias, las ocasiones en que los Tercios realizaban verdaderas operaciones anfibias, tanto de desembarco en fuerza como en golpes de mano contra la costa o barcos fondeados enemigos, aunque la lista de unas y otras operaciones es muy larga.

Miguel de Cervantes y sus campañas por mar

Es bien sabido que luchó en Lepanto como soldado a bordo de la galera *Marquesa*. Él mismo cuenta que estaba enfermo y con fiebre, pero que se incorporó voluntariamente al combate, consiguiendo el mando del reducto del «esquife» o bote de la galera (que se llevaba en cubierta, hacia popa y entre las bancadas de los remeros, a la otra banda del que se montaba en torno al fogón) resultando herido de dos balazos en el pecho, y con la mano izquierda inutilizada por otro, aunque no necesitaron amputarla, como a veces se cree.

Aquí suele terminar la referencia, con su participación en «la más alta ocasión que vieron los siglos y verán los venideros...», en conocidísima frase del propio Cervantes y como si hubiera sido fruto de una excepcional casualidad que Cervantes se viera luchando a bordo de una galera.

Pero lo cierto es que, como ya hemos apuntado, el joven Miguel había participado en la campaña del año anterior de la flota (aún sin el mando de don Juan de Austria) y recuperado ya y en las filas del Tercio de Lope de Figueroa, en la del año siguiente a Lepanto y en la conquista de Túnez por don Juan y posterior socorro a La Goleta cuando se produjo el contraataque otomano. Tal vez cinco campañas seguidas en cinco años consecutivos a



Sistema de boga en galeras.

bordo de galeras acrediten a un soldado como infante de Marina, especialmente porque no sabemos que don Miguel combatiera nunca por tierra, a no ser en operaciones puramente anfibias.

Como era de esperar, toda su vida conservó Cervantes el recuerdo de aquellos días, y de ello está salpicada su obra entera, cuando en la primera parte del *Quijote* en su famoso «Discurso de las Armas y las Letras», en el capítulo 38, señala las tareas de las «armas», sin distinción alguna:

«...con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios... y [se guardan] los caminos de mar y tierra...»

O para encomiar poco después y en el mismo discurso el valor necesario para que un soldado pase al abordaje de la nave enemiga, que considera el acto más heroico que se puede realizar en combate. Aunque conocidas, bien merecen esas palabras ser transcritas de nuevo:

«Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pasos de tabla del espolón, y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuanto otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.»

Y muy significativamente, esta lucha le parece de mucho mayor mérito que la única anterior citada, la de un asedio, algo muy frecuente para un infante de Marina de entonces, sin que siquiera mencione la de la batalla formal terrestre en campo abierto.

No cabe duda alguna que Cervantes sabía bien lo que era, lo que había hecho y lo que se esperaba de él como soldado; incluido su mando independiente del reducto del esquife, del que se sentía tan orgulloso.

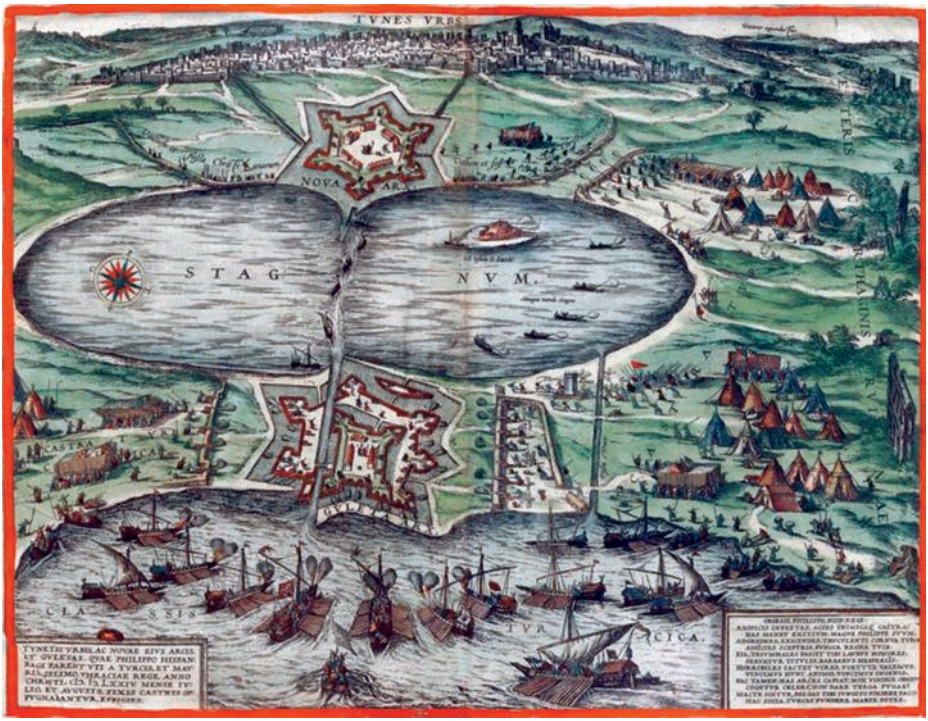
En toda la obra hay recuerdos de sus campañas navales, como en la «Historia del Cautivo», que ocupa los cuatro capítulos siguientes, donde un personaje cuenta sus propias aventuras y desventuras, trasunto de las de Cervantes, con su participación en Lepanto, de la que se saca la descorazonada pero personalmente comprensible conclusión de que:

«...más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron.»

O relata poco después el más sobresaliente hecho de la campaña del siguiente año, la de Navarino:

«En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa,* de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz...»

Tal vez haya que recalcar la frase en que elogia a Bazán como «el padre de los soldados» para aclarar un poco cuestiones hoy embarulladas. A no ser que tomemos la opción de considerar a don Álvaro como un general del Ejército.



Túnez y La Goleta.

Y sigue el cautivo con una narración y juicio de las campañas del año siguiente en Túnez y frustrado socorro de La Goleta un año después. Por cierto, con bastante espíritu crítico.

Hay aún más episodios navales o relacionados con el mar en la gran obra (y en otras muchas de Cervantes) que podríamos citar, pero que creemos innecesario recordar.

Sin embargo uno de ellos tiene perfiles muy especiales: en la segunda parte del *Quijote*, en el capítulo 63, el caballero y su fiel Sancho embarcan en una galera en Barcelona, con una descripción precisa de su apariencia, partes, organización, costumbres, etc., donde embroman al escudero, y donde ambos asisten a un combate naval con un corsario berberisco, contado por alguien que ha visto más de uno, por los realistas detalles que ofrece. Aunque luego, como pasa tantas veces en la inmortal obra, las cosas no son como parecen y la historia deriva en aventura romántica.

Lo más importante del episodio es que se trata del único combate real de la obra, con dos soldados muertos en la galera donde ha embarcado Don Quijote,

por disparos hechos desde el bergantín corsario antes de ser apresado, pues los demás de la gran novela o son duelos singulares más o menos serios entre caballeros, o simples altercados de posada o de camino. Sin olvidar que la única vez que Don Quijote lucha contra un ejército, este es un vulgar rebaño de ovejas, que el loco caballero ha tomado por hueste enemiga.

Tales detalles son más que reveladores de como Cervantes da a entender siempre sus valores: suave, sibilina e irónicamente, y también para los muchos que creen ambientadas siempre y exclusivamente las andanzas del caballero en llanuras manchegas salpicadas de molinos.

Y el hecho es aún más significativo por cuanto en el capítulo siguiente, y en la misma playa barcelonesa, es cuando Don Quijote es finalmente vencido por el caballero de «La Blanca Luna», y debe volver, derrotado, a su pueblo, abandonando sus sueños, en lo que parece otra metáfora de la vida misma de Cervantes.

Por si hubiera alguna duda de lo que significó, en la vida del hombre que simboliza nuestra lengua y nuestra cultura, sus largos y denodados servicios como soldado en la mar, entonces poco reconocidos y hoy aparentemente olvidados por algunos, al menos en lo que se refiere al escenario de lucha y a su forma, durante cuánto tiempo y en cuantas campañas y en la manera que los prestó, como si estas fueran cuestiones irrelevantes.

Y ya hemos visto cómo los valoraba el mismo Cervantes y cómo dejó escritos esos hechos que marcaron tan decisivamente su genio, su vida y su obra.

Composición fotográfica.
(Fuerza de Protección).

CERVANTES, SOLDADO DE MAR DE INFANTERÍA ESPAÑOLA. BATALLAS Y COMBATES EN QUE PARTICIPÓ

Luis SOLÁ BARTINA

(RR)

E tiene poca información de la vida militar de Cervantes, salvo por lo que el mismo expuso en el memorial que dirigió a Felipe II a través del Presidente del Consejo de Indias (1), en 1590, con ocasión de solicitar unas vacantes para los virreinatos americanos; y a los asientos económicos de algunas pagas en 1572, 1573 y 1581, esta última con ocasión de una misión reservada realizada en Mostagem y Orán, al regreso de su cautiverio en Argel. Sabemos, por haberlo declararlo él en el citado memorial, que sirvió al Rey en Lepanto, Navarino, Túnez y La Goleta antes de ser hecho prisionero, y, después de su rescate, en Portugal y las Azores. El resto de la información se basa en declaraciones de algunos testigos que le vieron combatir heroicamente en Lepanto y que afirmaron —a instancias de su padre (2), en 1578— que también estuvo en Navarino y en Túnez-La Goleta, amén de lo declarado por otros prisioneros al ser rescatados sobre su intacha-

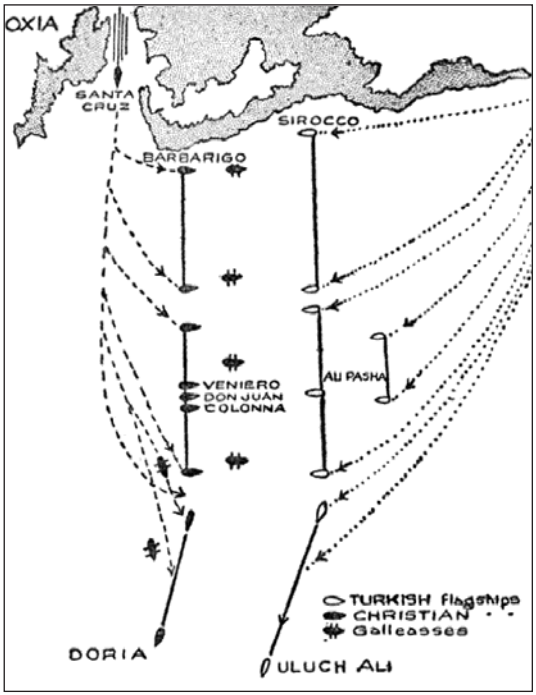
(1) Sevilla, Archivo General de Indias (AGI), Patronato, 253, R. 1, folio 5, 21 de mayo de 1590 (publicado por la *Revista de Historia Naval,* núm. 123, 2013) en artículo de LIÉVANO DE MALIK, Rosario. SLIWA, Krzyztof: *Documentos cervantinos*... pp. 225-226.

(2) Sevilla, AGI, testimonios del alférez Mateo Santisteban (17/3/1578), alférez Gabriel de Castañeda (20/3/1578), soldado Beltrán del Salto y de Castilla (1/4/1578) y sargento Antonio Godínez de Monsalve, así como certificación del duque de Sessa acerca de los servicios de Miguel de Cervantes (25/7/1578).

SLIWA, Krzysztof: *Documentos cervantinos*..., pp. 51-53.

ble comportamiento durante los cinco años de cautiverio en Argel, sus cuatro intentos de fuga y su valor siempre demostrado en esas circunstancias. Posteriormente, y como aprovisionador de la Armada del Mar Océano y de la Gran Armada, desde 1584 hasta más allá de 1590, aparece su nombre en numerosos documentos de compra-venta de provisiones y recaudación de impuestos por la zona de Andalucía y La Mancha. También son fuentes de información las obras que escribió y en las que, de una u otra forma, comenta acontecimientos que ha vivido, normalmente en tercera persona o por boca de sus personajes, y de las cuales se pueden deducir alguna de sus andanzas.

Se deduce de lo anterior que las batallas y combates en los que participó serían los del socorro de Chipre (1570) y Lepanto (1571) en el tercio de Miguel de Montcada, compañía de Diego de Urbina (3). Y en el tercio de Lope de Figueroa, compañía de Manuel Ponce de León, en la escuadra de Álvaro de Bazán, operando por Cérigo (actual Cythera), Modón (actual Methoni) y Navarino (1572), Túnez-La Goleta (1573) y en el socorro de Túnez (1574), en su primera etapa de soldado hasta 1575, en que fue capturado por corsarios berberiscos y estuvo preso cinco años en Argel. Esto está convenientemente documentado. En 1580 volvió a España y fue otra vez soldado «sirviendo al Rey» en Portugal (1581) y en las Azores con don Álvaro de Bazán (1582 y tal vez en 1583). Suiguiendo la estela de esas acciones militares, podemos inferir algo más de su vida de soldado.



Lepanto. Esquema de la batalla.

Respecto al detalle de la primera parte de su vida militar, es muy posible que Cervantes asistiera a la jornada del fallido socorro de Chipre, puesto que las diez compañías del tercio de Montcada, y con él la de Diego de Urbina en la que estaba desti-

(3) Sevilla, AGI: Ibídem, testimonio del alférez Mateo de Santisteban (17/3/1578).

nado, embarcaron en la escuadra de Juan Andrea Doria. Marco Antonio Colonna, el general de la Santa Sede y jefe de la flota combinada, no se atrevió a empeñarse contra los otomanos —pese al interés veneciano en que así fuera, para no perder Chipre—, ni tampoco quería Juan Andrea Doria, y la cosa no pasó de algunas escaramuzas.

En Lepanto, sí que combatió, y duro, a bordo de la galera *Marquesa*, solicitando Cervantes a su capitán, pese a estar enfermo, un puesto de riesgo —en vez de mantenerse a resguardo en el sollado o en la reserva—, siéndole asignado combatir en cubierta al mando de una escuadra de doce hombres junto a la línea fogón-esquife, baluarte de última resistencia de una galera si era abordada, como así fue, y en la que tuvo que empeñarse a fondo, resultando herido de dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó inútil de por vida.

La zona donde estaba situada la *Marquesa* era el flanco izquierdo de la escuadra de Antonio Barbarigo —situada a su vez en el ala izquierda de la flota de la Liga—, que hubo de empeñarse con firmeza para evitar que la derecha otomana, al mando de Sirocco, le doblara el flanco al general veneciano, intentando colarse por las aguas someras que había entre la extrema izquierda cristiana y la costa norte del golfo de Lepanto (4), movimiento que logró impedir Barbarigo cerrándole el paso decididamente. Hay que citar también la brillante maniobra de Uluj Alí, por la parte contraria del despliegue de ambas escuadras, de amagar con envolver el flanco derecho cristiano, para colarse por el hueco dejado (5) al seguirle la escuadra (6) de Doria. Ambos comandantes musulmanes intentaron envolver los flancos de las alas cristianas siguiendo la secular tradición militar otomana en maniobras de cerco y destrucción, al estilo de las estepas centroasiáticas, que tan bien sabían llevar a cabo (7). Así, pues, no es de extrañar que la *Marquesa* se encontrara súbitamente en lo más duro de la pelea al intentar parar, junto con otras galeras, la maniobra enemiga en plena lucha. Los combates a los que se enfrentó la nave de Cervantes fueron muy duros, teniendo muchas bajas —40 muertos y 120 heridos—, empezando por el capitán de la galera, Francesco de Sancti Petri, que murió batallando, lo mismo que el jefe de su escuadra, Agustino Barbarigo. Y entre los heridos de consideración estaba Cervantes, que luchó como un jabato en aquella ocasión. Durante toda su vida el gran escritor se mostraría orgulloso de haber combatido y de haber sido herido en esa batalla naval.

---

(4) Nelson hizo algo parecido en Aboukir, en 1799, pero le salió bien.

(5) Realizó una rápida ciaboga, cambiando de rumbo hacia el centro cristiano antes de que Doria pudiera reaccionar.

(6) Recuerda a la táctica de Alejandro en Gaugamela.

(7) Recuerda a las maniobras de caballería clásicas de Aníbal en Cannas, Escipión en Zama y tantas otras.

Derrotada la flota enemiga, los integrantes de la Liga no explotaron el éxito por disidencias (8) entre venecianos y sus otros aliados, deshaciéndose la coalición. Los primeros se retiraron a Corfú a invernar y el resto de las escuadras de España, del Papado, Génova y Malta, hicieron lo propio en Mesina, a uno de cuyos hospitales fue trasladado Cervantes para restablecerse. Necesitó casi siete meses para ello, tiempo en que se le reconocieron documentalmente los tres escudos de ventaja mensuales concedidos por don Juan por su acción en la batalla naval y, algún tiempo después, recibió otros 22 escudos con que premiaron a los más distinguidos en combate. También está documentado el dinero que ordenó don Juan se diera al hospital para curar a Cervantes: 20 ducados en una ocasión y otros 20 cuatro meses después, de ayuda de costa para acabar de sanar (9).

Mientras, el maestre de campo don Miguel de Montcada fue llamado a la Corte a otro puesto y su tercio se fusionó al poco tiempo con el de Lope de Figueroa. Junto con alguna otra renovación de unidades o a la recluta de nuevas unidades, visto el éxito clamoroso en la batalla naval, el tercio de Figueroa llegó a tener hasta 42 compañías con cerca de 6.800 hombres, una cifra muy abultada que no era corriente en un tercio de infantería estándar.

A principios de 1572, a instancias del papa Pío V, se recompuso la Liga (10), pues los turcos se estaban recuperando rápidamente, habían construido numerosas galeras que, con las salvadas de Lepanto, hacía ascender su flota a casi 200 naves, y su comandante era un marino y un líder de primerísima clase: Uluj Alí.

Cervantes debió ser dado de alta del hospital en abril de 1572, porque consta documentalmente que el 24 de ese mes (otras fuentes dicen que el 29) le asentaron en la nómina del tercio de Lope de Figueroa, considerado «el

---

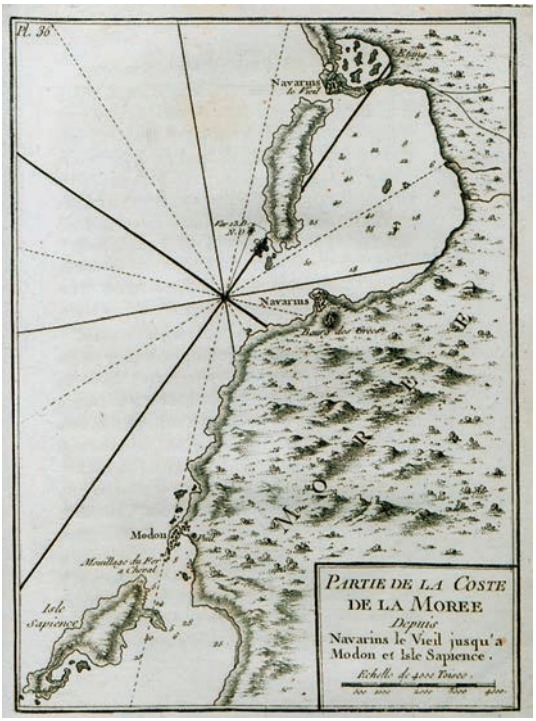
(8) Los venecianos no querían acabar del todo con los otomanos, pues su comercio con Oriente dependía de ellos.

(9) Valladolid, Archivo General de Simancas (AGS), libro 94.º, titulado *Diversorum*, año 1572 en adelante, folio 55, firmado en Palermo a 9 de marzo de 1572.

(10) FERNÁNDEZ DURO, C.: Ibídem. En esa Liga recompuesta los intereses de los coaligados eran distintos, aunque algunos comunes: el Papa quería una alianza de todas las naciones cristianas para reconquistar Constantinopla y Tierra Santa. Francia no quería ni oír hablar de participar en la explotación del éxito de Lepanto; al contrario, sus objetivos eran alentar al sultán Selim II; separar a Venecia de la confederación y de la Liga; apoyar a los herejes en Flandes, de acuerdo con Inglaterra; realizar una diversión en las Indias con una armada ya preparada en las costas de Bretaña; invadir Navarra y alentar y promover el levantamiento general de los moriscos, siempre en contra de su enemiga España. Venecia intentaba recuperar Chipre y su control en las rutas comerciales con Oriente —vivía de esto—, llegando a acuerdos aparte con los turcos si era necesario. España deseaba, simplemente, mantener sus líneas de comunicación con sus posesiones en Italia y su seguridad contra los berberiscos en el Mediterráneo Occidental.

mejor de las tropas españolas» (11) «en la compañía que le asignaren» (12), que fue la del capitán Manuel Ponce de León (13).

En mayo de ese año murió Pío V, y temerosos los coaligados que se quebrara la Santa Liga entraron en un *impasse*. El nuevo papa, Gregorio XIII, siguió con la política de su antecesor, y las flotas de la Santa Sede y Génova se unieron a las de Venecia en Gomenizza, frente a Corfú. Mientras, la nueva flota otomana, con su carismático comandante, había salido de Estambul y se dirigía a operar contra las flotas cristianas. No tardó don Juan en salir de Mesina con 54 galeras, en las que figuraba la escuadra de Álvaro de Bazán y el tercio de Figueroa, y unirse a las otras 134 de las escuadras aliadas en Gomenizza, asumiendo al llegar el mando de conjunto de la Flota de la Liga; sumaba 192 galeras y otra cincuentena de naves de distintos tipos.



Costa de Morea entre Navarino y Modón (Methoni).

Uluj Alí, al saber de los movimientos de don Juan, se movió hacia la costa sudoccidental del Peloponeso, al sur del golfo de Lepanto, fondeando en la isla de Cérigo, en cuyo canal tuvo lugar la primera escaramuza con el otomano: la presencia de Uluj Alí forzó a los cristianos a desplegar en orden de combate, mientras el turco intentó envolverles los flancos de sus alas, maniobra que fue contrarrestada por los cristianos. Lo hacía para inquietar a los euro-

(11) Valladolid, AGS, *Mar y Tierra*, leg. 1.256 (según dice Fernández Duro, Cesáreo, en *Cervantes marino*, Madrid, 1869, tipografía de Gregorio Estrada, cap. I, p. 16).

(12) Valladolid, AGS, *Libros de Registro de don Juan de Austria*, Estado, núm. 1.568, 1.569, 1.570 en el cuaderno de *Gastos secretos y extraordinarios del Sr. Don Juan de Austria en la Jornada de Levante*, rotulado núm. 12, folio 15.

(13) Vallaldolid, AGS, Libro *Contaduría mayor*, segunda época, legajo 961, hoja 476, pliego 238, p. 3. Se le asientan 10 escudos a cuenta de su sueldo de soldado en la compañía de Manuel Ponce de León, fecha 1572.

peos y adiestrar a los suyos y tanteaba los puntos débiles de la flota de la Liga, pero no acababa de decidirse a entablar combate pues en aquel momento carecía de marineros y soldados suficientemente experimentados que suplieran las pérdidas de Lepanto. Buscaba, pues, batir en detalle a una parte de la flota cristiana para derrotar decisivamente a la otra después.

El turco eligió Modón como fondeadero, donde una poderosa fortaleza guardaba la entrada. Don Juan propuso al Consejo de la Liga seguirle y entrar a batallar en la bahía, pero el Consejo no lo aceptó. La flota cristiana se dirigió entonces a hacer la aguada a la bahía de Navarino, ordenando el desembarco de 8.000 hombres y alguna artillería «de batir» de las tropas del duque de Parma, para protegerla y reconocer las defensas. Pero los turcos no tardaron en enviar por tierra a la bahía potentes refuerzos de caballería que llevaron a cabo algunas escaramuzas con la infantería del de Parma, teniendo este unas 750 bajas (14). Don Juan, no queriendo perder más hombres y desgastarse en demasía, ordenó el reembarque, pues su objetivo era la flota turca. Uluj Alí, mientras tanto, sabedor de que buena parte de la infantería cristiana había desembarcado, envió una fuerte escuadra, con aproximadamente un cuarto de su fuerza, a observar y tantear a los cristianos. Estos, a su vez, hicieron salir del fondeadero un fuerte destacamento a reconocer la flota enemiga con la que, al poco, empezaron las escaramuzas. Ambos comandantes, al ver el cariz que tomaban los acontecimientos, ordenaron levar y se hicieron a la mar con los gruesos. Era la ocasión que los aliados deseaban. Pero Uluj Alí, prudente, se retiró con su flota al amparo de Modón, dejando a unas 40 galeras de su vanguardia, convertida en retaguardia, para mantener el contacto con la flota cristiana mientras él acababa de replegar al grueso. Entonces, una gran galera de fanal, al mando de un nieto de Barbarroja, dio súbitamente la vuelta y se dirigió a enfrentarse en solitario contra los cristianos. Estos, a su vez, detuvieron su marcha y dejaron que la galera *Loba*, capitana de Álvaro de Bazán, se encargara de ella en un reñido combate singular, al estilo caballeresco, que duró poco más de media hora y terminó con el apresamiento de la nave enemiga una vez que fue muerto su valeroso capitán (15). Con la detención de la flota cristiana para permitir el combate entre ambas galeras, Uluj Alí completó su repliegue y organizó a toda prisa su resistencia en Modón por si la flota cristiana se decidía a entrar a buscarle. Los combates en tierra en Navarino y la escaramuza en el canal de Cérigo, junto con este último encuentro, fueron los únicos contactos serios habidos entre las dos flotas. Esto sucedía justo un año después de la batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1572. En

---

(14) BÜLENT, ARI: *El Imperio Otomano y la Monarquía Hispana*, 2006. Ed. Isis, Estambul, p. 122.

(15) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada española*. 1880, tomo II, pp. 183-185. En todos los relatos de este combate —incluidas las obras literarias— los españoles tratan al joven capitán turco de 22 años con respeto y admiración por su valor.

la jornada y desembarco de Navarino participó Cervantes tal como él recordó siempre y testimoniaron sus camaradas de armas en 1578, a petición de su padre.

Pronto se evidenciaron nuevas disidencias con los venecianos, que querían negociar por separado con los turcos para no perder su comercio y sus mercados en la zona oriental del Mediterráneo, ni sufrir el acoso de los corsarios otomanos a sus buques. No tardaron en hacerlo pagándoles una cuantiosa suma —300.000 ducados de oro en tres años—, y renunciando a recuperar Chipre y Creta. Resultaba que los vencidos en Lepanto se comportaban como vencedores con los venecianos. Tampoco hay que exagerar negativamente esta conducta, pues los intereses de la milenaria República de Venecia diferían bastante de los de los españoles, cuyo único punto en común momentáneo había sido la derrota de la Armada turca, demasiado poderosa para ambos, con lo que se conseguia libertad de acción para ir hacia levante los unos y hacia Berbería los otros. A España le interesaba mantener las comunicaciones en las rutas marítimas del Mediterráneo Occidental, básicamente con sus posesiones de Nápoles, Sicilia y con su aliada Génova, que las repúblicas piratas del norte de África y Francia hacían peligrar.

Don Juan, a la vista de las circunstancias y de la defección veneciana, volvió a Mesina. Tanto Bazán como él eran de la opinión de tomar Argel, pero Felipe II se decidió por Túnez. Así pues, a principios de 1573 trató de recupe-

Fuerte de La Goleta.

rar Túnez y La Goleta, el poderoso fuerte que controlaba la entrada y salida a la laguna en cuya orilla se asentaba la ciudad. Contaba con el tercio de Lope de Figueroa, nuevamente reforzado, y otros, que desembarcaron silenciosamente de noche y por sorpresa —al mando personal y directo de Álvaro de Bazán, por expresa decisión de don Juan— para tomar la ciudad, que capituló sin lucha al ver al amanecer a una poderosa fuerza enemiga acampada a sus puertas sin que se hubieran apercibido sus habitantes; con ella capituló el fuerte de La Goleta y Bizerta ofreció al poco sumisión a Felipe II. En estas acciones también participó Cervantes —lógicamente en la compañía de Ponce de León—, tal y como declararon algunos testigos en 1578, a petición del padre de Cervantes, y relató él mismo en su memorial al Rey en 1590.

Finalizada la jornada, don Juan se retiró a Cerdeña, dejando al tercio de Figueroa de guarnición en La Goleta y Túnez con 18 de sus 42 compañías, otras 4 a disposición de la Orden de Malta, y 10 más para proteger la «marina» italiana (la costa y sus puertos), quedándose la escuadra solo con las 10 restantes, entre las que estaba la de Cervantes. La escuadra invernó en Cerdeña durante seis meses, pasando después a fondear en Génova y La Spezia. No obstante, las plazas conquistadas quedaban insuficientemente guarnecidas, pese a que se dedicaron más de 8.000 hombres a esa tarea. Tampoco Felipe II era partidario de mantenerlas —por lo oneroso que le resultaba, empeñado como estaba con la guerra de Flandes— y había decidido derruir los fuertes, pero don Juan se empeñó en mantener la guarnición, haciendo caso omiso de las instrucciones del Rey.

Ante esta situación, Uluj Alí, en 1574, ya sin la flota de la Liga acechando a la suya y firmada la paz con los venecianos, con una fuerte escuadra y numerosas tropas, se dirigió en rápido movimiento a recuperar las perdidas Túnez y La Goleta. La plaza y fuerte, pese a sus deficiencias, tenían por defensores a unos excelentes soldados; los hombres de Uluj Alí atacaron la ciudad —cuya guarnición resistió lo que pudo y al ver que se derrumbaba la defensa, rompió el cerco y se refugió en La Goleta—. Posteriormente asediaron este fuerte, el punto clave de la defensa de Túnez, realizando numerosos asaltos generales y tomándolo al cabo de pocos días, no sin encarnizada resistencia, que acabó con casi todos los defensores, quedando los restantes prisioneros. Don Juan intentó auxiliar la plaza con su flota, pero vientos contrarios impidieron que llegara en tiempo oportuno, y cuando eso sucedió, tanto Túnez como La Goleta estaban ya en manos del almirante turco, por lo que la flota regresó a Cerdeña. Con ella iba Cervantes, esta vez sin que hubiese combatido.

En 1575 regresaba a España desde Nápoles, en compañía de su hermano Rodrigo, en la galera *Sol* en conserva con otras tres. Llevaba cartas de recomendación de don Juan y del virrey de Nápoles, don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa, para que el Rey le autorizara a levantar una compañía como capitán, pero al pasar por el golfo de León un fuerte temporal de

tramontana dispersó las naves y, navegando la galera a la altura de la actual Costa Brava (frente a Cadaqués, Palamós o Rosas), fue atacada y capturada por seis naves de corsarios berberiscos, más no sin dura lucha en la que murió su capitán y bastantes soldados de la guarnición, y en la que también participaron Miguel y Rodrigo que quedaron ambos presos de los moros. Precisamente por las cartas de recomendación que Miguel de Cervantes llevaba consigo, sus captores pensaron que se trataba de un personaje principal y eso, que inicialmente les salvó la vida, resultó un inconveniente a la hora de ser rescatados, debido a la abultada suma que sus captores pedían por ellos.

Empezaba un cautiverio que iba a durar cinco años, que «fueron una durísima prueba para Miguel de Cervantes, quien en todo momento demostró un fuerte espíritu que le permitió soportar con elevado ánimo toda suerte de penalidades y castigos, y un heroísmo realmente extraordinario» (16). No le faltaron ocasiones para intentar fugarse, y lo procuró en cuatro ocasiones, siempre fallidas por diversos motivos pese al ingenio, iniciativa, tenacidad y valor que demostró en todas ellas. El primer intento fracasó porque el moro que debía guiar a Cervantes y a sus compañeros a Orán, presidio español a la sazón, los abandonó y los fugados se vieron precisados a regresar a Argel (17), donde fueron encadenados y vigilados más estrechamente. En la segunda ocasión —una vez liberado Rodrigo en 1577 por 300 escudos de oro en oro— concibió un plan mediante el cual su hermano, al llegar a España, contrataría una fragata armada y acudiría a las costas argelinas a rescatarlo a él y a varios compañeros que se ocultarían, mientras, en una cueva próxima a la playa; pero el capitán del buque juzgó, ya próximo a la costa, demasiada arriesgada la operación, y se fue, siendo descubiertos los prófugos por la delación de un cómplice renegado; nuevamente Cervantes se hizo responsable de todo ante el bey de Argel y fue condenado a prisión, y encadenado durante cinco meses. En el tercer intento, preparó un plan para llegar por tierra, otra vez, a Orán, enviando a un moro amigo por delante con una carta para el general de la plaza, pero el mensajero fue preso y empalado, las cartas leídas, y Cervantes, que una vez más se declaró autor intelectual de la fuga, fue condenado a recibir dos mil palos como castigo —lo que habría significado su muerte—, pero la sentencia no se cumplió al interceder por él sus amigos, señal del alto concepto que tanto cristianos como musulmanes tenían de su valor, sentido del honor y abnegación. El cuarto intento tuvo lugar cuando un mercader valenciano, Onofre Ejarque, que con su buque fondeaba en Argel, le entregó a Cervantes una cierta cantidad de

(16) RIQUER, Martín de: *Presentación de Don Quijote de la Mancha*, Ed. Real Academia Española, 2005 (con motivo del IV Centenario de la publicación de la 1.ª parte del *Quijote*), p. XLVII.

(17) Los cautivos gozaban de cierta libertad dentro de la ciudad, confiados los argelinos en la dificultad que suponía escapar en tierra hostil, por lo que internaban solo a los reclusos peligrosos en las prisiones y castigaban duramente a quienes lo intentaban.

dinero —donación de un prisionero renegado «arrepentido»— con el que nuestro héroe compró una «fragata de doce bancos» (¿galera ligera?) capaz de esconder en ella unos sesenta cautivos cristianos; pero el plan falló porque, cuando estaba todo a punto, uno de los que debían ser liberados, un exfraile dominico renegado, el doctor fray Juan Blanco de Paz, les delató al bajá —a partir de entonces, la enemistad entre este y Cervantes fue muy acusada—, y Miguel, una vez más, fue condenado a prisión. Como en anteriores ocasiones, asumió toda la responsabilidad del intento. Para entonces el futuro escritor era ya todo un experto en evasiones y se hacía peligroso por el mal ejemplo que daba a los cautivos y la admiración que suscitaba en ellos, e incluso en sus guardianes; en consecuencia, el Bajá decidió enviarlo cautivo a Estambul, donde la fuga sería casi imposible. Finalmente, cuando ya estaba Cervantes «con dos cadenas y un grillo» en la galera que debía llevarle a Constantinopla, el padre Juan Gil, el trinitario que intermediaba en los rescates, consiguió reunir de una vez, *in extremis*, mendigándolo angustiosamente entre los cristianos que operaban en el mercado de Argel, el dinero que faltaba para llegar a los 500 escudos de oro en oro que pedían por él sus captores (18), y por fin Miguel de Cervantes recobró la libertad el 19 de septiembre de 1580 (19) (20). Estando, ya libre, aún en Argel, y en el barco que debía transportarlos a España, Cervantes pidió que varios de sus antiguos compañeros, que también habían sido rescatados, que testimoniaran a su favor documentalmente (21), y así lo hicieron entre el 10 y el 15 de octubre de 1580, y por ellos sabemos de sus hazañas en el cautiverio (22). En todas las ocasiones de fuga, al fallar los

---

(18) Madrid. Archivo Histórico Nacional (AHN). *Crónica de la Orden de la Santa Trinidad*, 1580.

SLIWA, Krzysztof, *Documentos cervantinos*…, p. 68.

(19) Madrid, AHN, *Crónica de la Orden de la Santa Trinidad,* año 1580. Partida de rescate de Miguel de Cervantes el 19 de septiembre de 1580.

(20) Madrid, Archivo Histórico de Protocolos, año 1581; SLIWA, Krzysztof: *Documentos cervantinos*…, pp. 122-124. Memorial de fray Juan Gil, de 7 de octubre de 1581, con la lista de 52 cautivos rescatados en 1580 —entre ellos Miguel de Cervantes—, pidiendo una limosna al Rey para seguir rescatando prisioneros.

(21) Posiblemente para pedir la merced del Rey a su regreso a España que, junto con su intachable hoja de servicios de los seis años en que estuvo embarcado y combatiendo, especialmente por la acción de Lepanto a bordo de la galera *Marquesa*, esperaba le sirvieran de aval para una mejor posición.

(22) Declaraciones en Argel, del 10 al 15 de octubre de 1580, de testigos liberados (Alonso Aragonés, Diego Castellano, Rodrigo de Chaves, Juan de Valcázar, Domingo Lopino, Fernando de la Vega, Diego de Benavides, Luis de Pedrosa y otros), compañeros de infortunio de Cervantes, ante el padre trinitario fray Juan Gil y el escribano Pedro de Rivera, a bordo de la nave que les iba a transportar a España. Madrid, AHN *Redenciones*, folio 156; Sevilla, AGI; noticias de TORRES LANZAS, Pedro: *Información de Miguel de Cervantes, de lo que ha servido a S. M.*…; FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, F., pp. 330-342; SLIWA, K, *Documentos cervantinos*…, pp. 69-110. *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, pp. 354-385.

planes reclamó para sí la autoría de su concepción y liderazgo, solicitando que recayese sobre él el castigo del que pudieran ser acreedores los fugados para librar de él a sus compañeros, que dijo eran inocentes. Esto, que hizo en los cuatro intentos de fuga fallidos, pone claramente de manifiesto el valor mostrado en todas las ocasiones, su alto sentido del honor y de la moralidad y la camaradería como soldado viejo que era.

De regreso a casa, entró en la Península por Denia el 24 de octubre y de allí marchó a Valencia, y en noviembre o diciembre estaba con su familia en Madrid (23). De allí, en mayo de 1581, se trasladó a Portugal, donde estaba la corte de Felipe II, con el propósito de pretender algo con que organizar su vida y pagar las deudas que su familia había contraído para rescatarle, sirviendo al Rey en sus tercios o donde fuere. Allí le fue encomendada una misión reservada, para realizar «ciertas cosas de nuestro servicio», que llevó a cabo con el alcaide de Mostagem y en el presidio de Orán, sin duda debido al profundo conocimiento que tenía de las costumbres y tierra de los moros. No se tienen más detalles de la misión, salvo la documentación que obra del pagamento por esos servicios (24). Finalizada esta comisión regresó a Lisboa.

Desde esta fecha no aparecen otros documentos que nos permitan conocer sus actividades militares, salvo las declaradas por él mismo en el memorial al Rey ya mencionado: que «después de libertados fueron (con su hermano Rodrigo se refiere) a servir a S. M. en el Reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz…». El servicio al Rey en Portugal podría ser la comisión que le encargaron para Mostagem y Orán, pero tal vez haya algo más, puesto que declara haber servido, además, con el Marqués de Santa Cruz en las Terceras. El prior de O Crato, don Antonio, se negaba a aceptar a Felipe II como rey de Portugal, y su ejemplo era apoyado por las clases populares del vecino país, aunque no por la mayoría de la nobleza ni por la burguesía. Aquellos contaban con el apoyo tácito de Francia e Inglaterra (25) por lo que estaba en peligro la posesión de las Azores, archipiélago de extrema importancia para la seguridad de las flotas de Indias y de la India a su regreso a la Península. El rey Felipe decidió tomarlas de grado o por la fuerza,

---

(23) RIQUER, Martín de: Ibídem, p. XLVIII.

(24) Valladolid, AGS, Libro 36.º del *Negociado de Mar y Tierra-Guerra* (hoy denominado *Guerra Antigua*), hojas 257 y 258 (fecha de 21/5/1581), por el que recibía en Thomar (Portugal) una doble Real Cédula por la que se mandaban pagar 50 escudos, por una vez, de un total de 100 que acabaría de cobrar en Cartagena al finalizar la comisión.

AGS, *Libro de Contaduría Mayor de Cuentas*, 2.ª época, legajo 1.777, fecha 26/6/1581, Cartagena, de Lope Giner, Pagador de Cuentas de S. M. en Cartagena, que abarca de los años 1581 a 1584, que declaraba haber pagado otros 50 escudos a Cervantes.

SLIWA, K.: *Documentos cervantinos…*, pp. 120-121.

(25) Aunque no en público, Francia e Inglaterra manifestaron en diversas ocasiones no estar en guerra con España. Por eso fue tan duro el marqués de Santa Cruz, por orden del Rey, al castigar como piratas a los prisioneros habidos en la batalla naval.

aunque algunas de las islas le habían mostrado ya su sumisión. De esa época hay varias acciones en este archipiélago: un intento de tomar la isla Tercera en otoño de 1581 por parte de la escuadra de Pedro de Valdés —que fracasó por impaciencia de este al intentar tomar la isla en un golpe de mano con solo 350 hombres, y excederse en lo ordenado por el Rey, que consistía a limitarse a dar protección a las Flotas de Nueva España y Tierra Firme, y a la portuguesa procedente del Oriente de la India hasta que le llegaran refuerzos—, y que debía ser ayudado en la acción por la de Galcerán de Fenollet, que llevaba a bordo de sus veinte naves al tercio de Lope de Figueroa (2.200 hombres), en el cual estaba Rodrigo Cervantes (26) y tal vez también Miguel, que ya había regresado de Orán.

Después de este fracaso, y ante la confidencia de que buques y tropas de Francia e Inglaterra apoyarían a los insurrectos portugueses partidarios del prior de O Crato, el Rey encargó con urgencia al marqués de Santa Cruz que limpiara de enemigos las aguas del archipiélago de las Azores, pues nuestras flotas recalaban en ella e iban a aprovisionarse de agua y de lo que fuera menester. Así lo hizo don Álvaro de Bazán y en aguas de las Azores, frente a la isla de San Miguel, batió cumplidamente el 23 de julio de 1582 a una potente escuadra francesa mandada por Philippe Strozzi, a la que destrozó pese a que le superaba ampliamente en número de buques (27). La maniobra y pericia naval mostrada por el marqués fue espléndida, y también el arrojo y acometividad de sus tropas al abordaje. Fue una lucha épica en la que se batió con denuedo, entre otros tercios, el de Lope de Figueroa, especialmente en el galeón *San Mateo*. Sin duda participaron en esa lucha los dos hermanos Cervantes, pues así lo hace constar Miguel en su memorial al Rey ya señalado, del que no se debería dudar (28), pues mentir en una instancia al Consejo de Indias o al Rey acerca de los servicios prestados era punible (29), y en el Consejo de Indias sabían lo suyo de la historia de Cervantes.

No se tiene noticia fidedigna de que Miguel de Cervantes hubiera participado en el desembarco y conquista de la Tercera (30), justo un año después de la batalla naval, el 23 de junio de 1583 —aunque tampoco se puede negar— (31),

---

(26) Se sabe por la lista de pagamento del tercio, tanto en esta ocasión como en la batalla naval de las Azores y finalmente en el desembarco de la Tercera.

(27) Unos 29 españoles por 64 franceses, y con más gente.

(28) Los cervantistas están divididos entre si Cervantes estuvo batallando en las Azores, tal como dijo, o no. En cualquier caso, los que sí creen al escritor estiman que estuvo en esos combates, por lo menos en los de la batalla naval.

(29) De ese criterio es el cervantista Krzysztof Sliwa.

(30) CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *Persiles y Segismunda*, libro III. Ortel Banedre —Martín Banedre en español—, polaco, parece sugerir en un diálogo haber sido su camarada de armas en Portugal y las Azores (comentario de K. Sliwa).

(31) No se tienen noticias del Cervantes soldado en los años que van desde la batalla naval de las Azores, en 1582 a 1584, año este último en que contrae matrimonio —y se supone acaba-

pero sí que lo hizo su hermano Rodrigo, que se distinguió notablemente al asaltar la playa de As Molas, por cuyo valor y competencia fue ascendido a alférez. Una verdadera pena porque el asalto y la conquista de la Tercera fue la jornada anfibia más brillante de toda la historia naval militar española —todo un modelo de maniobra operacional desde la mar, y decisiva junto con la del año anterior— para integrar el reino de Portugal a España durante más de seis décadas.

La vida de soldado de Cervantes, y su cautiverio por causa de ser soldado, y las vivencias de sus combates a bordo y en tierra, influenciaron profundamente las obras literarias que escribió, en las que es raro que no aparezcan citas o comentarios de las luchas habituales, casi siempre en la mar, contra el musulmán o los protestantes, e incluso alguna obra escrita casi *ex profeso* como *Los baños de Argel* o *La española inglesa*, amén de numerosos comentarios suyos en el *Quijote* y otros.

Al decir de Martín de Riquer (32), Cervantes fue «un hombre de acción, emprendedor y atrevido, que cuatro veces intentó fugarse arriesgadamente y que, para evitar más daños a sus compañeros de cautiverio, se hizo responsable de todo ante sus enemigos y prefirió la tortura a la delación»; habría que añadir además que era valiente, como lo demostró en cuantas ocasiones participó en combate, especialmente en Lepanto, en la captura de la galera *Sol* y en el cautiverio. Y admirado por propios y enemigos.

En los nueve o diez años de su vida militar en servicio activo (entre 1569-1584), sin contar los que pasó en el cautiverio, es decir, durante toda su vida de soldado, Cervantes estuvo siempre embarcado en buques de guerra en las escuadras de la Liga o de las de Álvaro de Bazán, encuadrado como soldado en los tercios de Miguel de Moncada y de Lope de Figueroa y combatiendo a bordo en la mar (Chipre, Lepanto, canal de Cérigo, Modón-Navarino, socorro de Túnez, galera *Sol*, Azores), y en tierra en los desembarcos de Navarino y Túnez-La Goleta, y pudiera ser que también en el asalto anfibio de la isla Tercera —como ya se ha apuntado—, cosa factible pero no demostrada. También encuadrado en unidades a flote, como desde que regresó de Túnez a su partida para España, guarneciendo buques de guerra o establecimientos de las galeras en tierra en Cerdeña, Génova, La Spezia y Nápoles, en la escuadra de don Álvaro de Bazán Estuvo siempre encuadrado en tercios de infantería española de carácter naval y desarrolló toda su actividad como tal soldado de mar (o soldado de marina o infante de marina, como se

---

su vida de soldado— y poco después empieza ya a operar como logista para conseguir víveres y dineros para la Armada del Mar Océano, cuyo capitán general era el marqués de Santa Cruz, y la Gran Armada, antes de 1588.

(32) RIQUER, Martín de: *Prólogo a la obra de Don Quijote de la Mancha*, Ed. Real Academia Española, 2005 (con motivo del IV Centenario de la publicación de la 1.ª parte del *Quijote*), p. XLVII.

prefiera, porque ¿qué significa ser infante de marina en definitiva?), como se acaba de comentar.

A la vista de lo anterior, no debería haber problema en concluir que Cervantes fue un soldado de mar de Infantería Española, sirviendo a bordo de tercios asignados de forma duradera en las escuadras o armadas navales, máxime después la insólita tardanza para reunir fuerzas para el socorro de Malta, en 1565, en que se puso de manifiesto la absoluta necesidad de tener soldados embarcados de forma estable y que tuvieran la disponibilidad, instrucción y adiestramiento necesarios y fueran en cantidad suficiente para que los fallos de Malta no volvieran a repetirse (33). Consecuencia de ello fueron la organización o asignación de forma permanente (34) o por largos periodos de tiempo de los tercios de infantería denominados posteriormente «de la Armada», u otros que, sin llevar ese título pudiera decirse que operaban como tales. Uno de ellos, si no el principal, fue el de Lope de Figueroa, el Tercio de la Liga, como se le denominó después de Lepanto, Tercio de Armada ya en 1576 (35) y futuro Tercio de la Armada del Mar Océano (36).

Ante la discusión de si Cervantes fue un soldado de Infantería Española del Ejército de Tierra, debo mencionar que este no existió como tal —tampoco la Armada—, como rama separada hasta principios del siglo XVIII, por lo que difícilmente podría haber formado parte de él (37), y, en cambio, sí que el gran escritor estuvo toda su vida militar luchando a bordo y en tierra en tercios de Infantería Española asignados perdurablemente, o casi, a las distintas escuadras o armadas que se constituían, o reforzándolas, y que por ello no cabe la menor duda de que podemos decir sin temor a equivocarnos que fue un «soldado de mar» (por no decir infante de marina o soldado de marina, vocablos que no se empezaron a usar hasta el último tercio del siglo XVII) de Infantería Española, que engrandece hoy en día tanto al Ejército de Tierra como a la Armada, y a España, por sus brillantes obras literarias.

---

(33) ALÁEZ RODRÍGUEZ, O.: artículos en la REVISTA GENERAL DE MARINA.

(34) El Real Decreto núm. 1.888/78, de 10 de julio (D. O. núm. 187), del Rey Don Juan Carlos I, señala «...la disposición de la Secretaría de Despacho Universal de Felipe II por la que se vinculan permanentemente a la Real Armada algunos tercios de la Infantería española...».

(35) VIQUEIRA MUÑOZ, José E.: *Correspondencia personal*. El Tercio de don Lope llevó este nombre desde 1576, y el sostenimiento era a cargo de «dinero de Armada», controlado por el capitán general de la Mar.

(36) Según la tradición regimental española que recoge el conde de Clonard.

(37) Aunque haya regimientos del Ejército, como los de Nápoles, Corona, Córdoba o Sicilia, entre otros, que desde el siglo XVIII se tengan por los herederos legítimos de los antiguos tercios marítimos del XVI, lo cual es otra cosa.

LA VIDA MILITAR DE MIGUEL DE CERVANTES

Luis M. MORENTE

El próximo año de 1948 acontecerá el VII centenario de la creación de la Marina Rea1 de Castilla (1248), efeméride que, coincidiendo con la reconquista de Sevilla por Don Fernando III el Santo, se conmemorará con toda solemnidad.

En su introducción a los *«Claros varones de Castilla»* dice Hernando del Pulgar que *«algunos ystoriadores griegos escrivieron bien por estenso las fazañas que los claros varones de su tierra ficieron, o les parescieron dignas de memoria»*, y esto hizo don Martín Fernández de Navarrete, marino y ministro que fue del Consejo de la Guerra, cuando en el año de 1819 escribió una *«Vida de Miguel de Cervantes»*, publicada por la Real Academia. Sin par historia, en la que dice que *«cuando los varones insignes de una nación han contribuído con los esfuerzos de su aplicación y de su ingenio a mejorar las costumbres, y a propagar la ilustración entre sus conciudadanos, entonces el honrar su memoria tributando inciensos a sus cenizas, y dilatando la fama de sus hechos esclarecidos, no sólo es una obligación de la gratitud y un obsequio a que nos estimula naturalmente nuestro corazón, sino un ejemplo que se ofrece para imitación y consuelo de todo el género humano»*.

El mayor ingenio del siglo, autor de la obra más leída en todo el mundo, puede que después de la Biblia, tuvo el honor y la honra de ser soldado de España, cuando había un Imperio en el que no se ponía el sol, y, además, prestó sus servicios militares en las campañas más gloriosas de su tiempo y derramó su sangre en defensa de la patria.

Hacia el año 1569, deja Miguel de Cervantes de pertenecer a la servidumbre del Cardenal Aquaviva, para sentar plaza de soldado entre las tropas españolas de guarnición en Italia, pues, como él mismo dice, *«el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien a todos, principalmente asienta y dice mejor*

Miguel de Cervantes.

en los bien nacidos y de ilustre sangre». Ingresó en la compañía de Diego de Urbina, perteneciente al famoso Tercio de don Miguel de Moncada, que pronto dejó de estar inactiva, ya que, dispuesta una expedición en socorro de la veneciana isla de Chipre, embarcó en la escuadra de Nápoles, mandada por don Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz. Esta campaña, cuyo mando supremo ostentaba Marco Antonio Colonna, a consecuencia de lo tardío de la estación y el retraso de su preparación, no cubrió sus fines, por lo que la escuadra de Santa Cruz regresó a invernar a Nápoles, mientras se preparaba una nueva, que terminara con el poderío turco en el Mediterráneo.

Esto lo requería la seguridad y prestigio de los países cristianos, y para lo cual, el 20 de mayo de 1571, se negoció un tratado entre el Papa, el Rey de España y la República de Venecia, conocido por la Santa Liga, por el que se organizaba una potente escuadra, de la que se nombraba generalísimo a don Juan de Austria.

En la escuadra que éste llevó de Barcelona a Italia, venían los tercios de don Lope de Figueroa y de don Miguel de Moncada, de los que se había servido para sofocar, la sublevación, de las Alpujarras, por lo que la compañía en la que Cervantes militaba quedó incorporada a su Tercio en Nápoles. Reunida la escuadra coligada en Mesina, se terminaron de ultimar los detalles para tan memorable jornada, haciéndose el reparto de tropas entre las diferentes divisiones que la componían, correspondiendo a la de Juan Andrea Doria, además de las dos compañías viejas, que formaban parte de su dotación, otras dos del Tercio de Moncada, y que fueron las de Rodríguez de Mora y la de Urbina, compuesta cada una de ellas de 200 hombres. Por esta distribución pasó

Cervantes destinado a la galera *Marquesa*, que mandaba Francisco de Santo Pietro (1), y propiedad del dicho Juan Andrea Doria.

Dispuesto por el Mando, para una vez llegado el momento del combate, que la escuadra se dividiera en tres, y con otras dos de descubierta y reserva, respectivamente, correspondiendo a la *Marquesa* formar parte de la división de la izquierda, cuyo comandante era el veneciano Agustín Barbarigo, Proveedor General de la República.

El 15 de septiembre se dió a la vela la escuadra, tomando la formación de la batalla y poniendo rumbo a Corfú, en donde se tuvieron noticias fidedignas sobre la situación de la escuadra enemiga, que fue avistada en la mañana del 7 de octubre en las bocas del Golfo de Lepanto. En tan memorable fecha encontrábase Cervantes enfermo de calenturas, por lo que su capitán y varios compañeros le instaron a permanecer bajo cubierta, mas él respondió: *«Más vale pelear en servicio de Dios y Su Majestad o morir por ellos que bajarme so cubierta, é que el Capitán Ie pusiese en la parte é lugar que fuése más peligrosa, é que allí estaría ó moriría peleando.»* Así lo confirman y atestiguan los alféreces Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Selaya, en el valle de Carriedo, y Mateo de Santisteban, natural de Tudela de Navarra, en la información que a petición de Miguel de Cervantes se realizó en 1590, sobre los servicios que prestó al Rey y de lo que hizo mientras estuvo cautivo en Argel. Es más, pidió y obtuvo de su Capitán que se le situara junto, al esquife y al mando de 12 hombres (2). Luchó con ánimo esforzado, recibiendo tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó manca, consiguiendo con su valor que los turcos no irrumpieran en la *Marquesa*.

Terminado el combate, se retiraron las fuerzas vencedoras al cercano puerto de Peleta, a fin de reponerse de los destrozos ocurridos en la lucha y dar descanso a las tripulaciones. Entre su enfermedad y la gravedad de las heridas recibidas, el estado de Cervantes era bastante calamitoso, mas su heroica actuación tuvo su merecido al día siguiente, en el que don Juan de Austria pasó revista a enfermos y sanos, concediéndole un aumento de tres escudos sobre su paga ordinaria.

Quiso el de Austria continuar la campaña que bajo tan buenos auspicios habíase iniciado, planeando buscar y destruir los menguados restos de la Armada del Turco y también atacar a los cercanos castillos de Santa Muara y Lepanto, y, por último, dirigirse a los Dardanelos para hacer una demostración en las mismas puertas de Constantinopla, mas los numerosos heridos y los pocos recursos que en material de guerra y víveres quedaban, le obligaron a

---

(1) Según FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Santo Pietro se llamaba Francisco, mientras que el Reverendo padre Luciano Serrano, en *«España en Lepanto»* (Labor, S. A. 1935) le llama Pedro.

(2) El R. P. Luciano Serrano, *op. cit.*, dice que en aquel entonces Cervantes ostentaba la categoría de sargento.

desistir de su empeño, retirándose con ello la flota, victoriosa, a Mesina, adonde llegó el 31 de ese mismo mes de octubre.

Como en esta misma ciudad se hizo la concentración de las fuerzas para la campaña, quedó como base de operaciones, y entre los establecimientos que se organizaron había un hospital, adonde fue Cervantes a proseguir su curación, beneficiándose en él de la duración que hizo don Juan de Austria de 30.000 ducados para repartir entre enfermos y heridos (3).

La curación de Cervantes tuvo que ser larga, ya que en el mes de marzo del año siguiente continuaba hospitalizado, recibiendo la mayoría de sus haberes en este tiempo de la Pagaduría de la Armada, por lo que es de presumir que su compañía fue de nuevo destinada a Nápoles, en cúanto se dispuso la dislocación de las diferentes escuadras. El 29 de abril del mismo año debió de ser dado de alta del hospital, ya que en tal fecha se dispuso que los Oficiales de cuenta y razón de la Armada asentaran en sus libros a Miguel de Cervantes, con tres escudos de ventaja al mes, en el Tercio de don Lope de Figueroa y en la compañía que se le señalare.

Pasó Cervantes a Nápoles a incorporarse a su nuevo destino, entrando a formar parte de la compañía de don Manuel Ponce de León, y seguramente con el grado de alférez; grado que debía de ostentar ya anteriormente, pues en la novela del *«Cautivo»*, cuando éste cuenta sus aventuras, dice que alcanzó *«a ser alférez de un famoso Capitán de Guadalajara, amado Diego de Urbina»*.

El resultado obtenido con la victoria de Lepanto no era definitivo mientras los turcos siguieran disponiendo de suficientes naves para continuar sus correrías y seguir realizando ataques rápidos a plazas mal defendidas o ciudades sin guarnición, por lo que se decidió por los antiguos aliados una nueva concentración de las escuadras e iniciar una nueva campaña. Por otra parte, la situación política habíase complicado desde el momento que los turcos buscaban aliarse con el Rey de Francia, a fin de qué éste atacara los Estados de Flandes e Italia, e hiciera que Felipe II tuviera que distraer su atención en un posible nuevo conflicto, y además, intentaban que la República de Venecia abandonara la Liga.

Por todo esto, el Rey Prudente ordenó a don Juan de Austria que permaneciera en Sicilia con sus tropas, a las que se juntarían contingentes de Nápoles. Uno de estos refuerzos fueron dos compañías del Tercio de Lope de Figueroa, pasando por ello de nuevo Cervantes a formar parte de las tropas embarcadas. Este traslado debió de realizarse en la primavera de 1574, pues todavía el 10 de marzo de ese año se fechaba en Nápoles orden por la que se decía al Asesor de la Armada, Licenciado Navas de Puebla, entregara a Miguel de Cervantes, de los dineros que en su poder tuviera de los procedidos de las condenaciones de cámara y gastos de Justicia, la cantidad dé 30 escudos.

---

(3) A Cervantes le correspondieron en el reparto de esta cantidad veinte ducados.

Óleo representando las dos formaciones navales en el combate de Lepanto.
(Museo Naval, Madrid).

Las primeras naves que abandonaron Sicilia para la nueva campaña iban al mando de Marco Antonio Colonna, al que mucho ayudó el Marqués de Santa Cruz con sus 30 galeras, que hicieron el transporte de fuerzas y vituallas hasta la isla de Corfú, siendo parte de esta fuerza el Tercio de Moncada y las dos compañías del de Figueroa, por lo que de nuevo juntos iban a la lucha el antiguo y actual Tercio de Cervantes. Reunidas todas las fuerzas en Corfú, se hicieron a la mar, logrando tener encuentros sin gran trascendencia con los turcos, y dado que el peligro de una guerra con Francia se desvanecía, dió Felipe II orden de que don Juan saliera de Mesina y tomara el mando supremo de todas las fuerzas. A consecuencia de que no tomó contacto con la escuadra de Colonna hasta muy avanzada la estación, tuvo que desistir de varios de sus planes, pero, sin embargo, a pesar de lo aventurado de la empresa, por los fuertes contingentes reunidos por los turcos en Navarino, decidió atacar esta plaza, principalmente para complacer a los venecianos, mas como el sitio no avanzaba, optó por reembarcar a las tropas, operación que se realizó de noche y al amparo de los fuegos de la escuadra.

Como una vez que regresó la escuadra a Corfú, los venecianos, sin dar cuenta a sus aliados, firmaron paces con los turcos, influyó esta decisión para futuros planes y produjo profundo disgusto en el Papa y en el Rey de España. Este, entonces, dispuso que don Juan marchara a África, llevando una expedición compuesta de 20.000 soldados, entre la que estaba el Tercio de Cervantes. El desembarco se realizó en La Goleta, desde donde partieron las tropas para Túnez, ocupando las mandadas por el Marqués de Santa Cruz, que éran cuatro compañías del Tercio de Lope de Figueroa, la ciudad y la alcazaba. Después de esta operación se entró en Bicerta, y para más asegurar lo conquistado, don Juan dispuso la construcción de un fuerte, a pesar del parecer contrario del Duque de Sesa y Marcelo Doria y de las órdenes del Rey, que, considerando esta expedición como de castigo, más que de otra cosa, ordenó que se desmantelaran todas las fortificaciones que se cónquistaran. Una vez terminada la campaña, el Tercio de Figueroa fue destinado a Cerdeña, siendo relevado en tierras africanas por tropas que carecían de su veteranía.

Pasó luego a Génova, donde estuvo poco tiempo, ya que, por la pérdida de La Goleta, se tuvo que realizar una concentración de fuerzas en Nápoles, Sicilia y Mesina. Mas como el socorro a la plaza sitiada no pudo realizarse, el Tercio de Figueroa regresó a Nápoles, en donde Cervantes, a finales de junio o principios de julio de 1575, solicitó licencia para regresar a España.

En el viaje de Italia a España, fue cuando, apresada por piratas berberiscos la nave que lo conducía, sufre Cervantes su largo cautiverio, durante el cual demostró numerosas veces su valor, condiciones de mando y abnegación, No podía actuar de otra forma aquel que durante unos seis años había sido miembro de dos de los Tercios más disciplinados y aguerridos de su época, considerados por sus diferentes generales como tropas seleccionadas, dispuestas a convertir en victorias cualquier acción que se les encomendara.

Cuando después de cinco años de cautiverio, en los que él mismo dice que *«aprendió a tener paciencia en las adversidades»*, una entre las muy numerosas que a lo largo de su vida tuvo, regresó a su patria cuando Felipe II acababa la conquista de Portugal. Mas si la ocupación de la parte metropolitana del reino fue rápida, quedaban por someter a las islas que se habían pronunciado por el Prior de Crato. A Cervantes, una vez más le llama la milicia y apresurase a enrolarse de nuevo en su antiguo Tercio, que continuaba al mando de don Lope de Figueroa, entonces ya con el grado de Maestre de campo general. Organizada la expedición, embarcaron las tropas en Lisboa, dedicándose la escuadra, como primera providencia, a la protección de las Flotas de Indias y de la Flota portuguesa, que venía de los establecimientos lusitanos en Oriente, cumpliendo con exactitud su cometido, mas el desembarco proyectado en las islas Terceras, por desacuerdos entre don Lope y don Pedro Valdés, Comandante de otra escuadra, les hizo desistir en el empeño.

En vista de la ayuda cada vez mayor de Francia, Inglaterra y Holanda al Prior de Crato, decidió Felipe II organizar una nueva expedición, poniendo a su frente al ilustre Marqués de Santa Cruz, del que dice Cervantes en el Quijote, era *«rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán»*, y embarcándose en la flota los Tercios de Figueroa y Bobadilla. Salió la Armada de Lisboa el 10 de julio de 1582, poniendo rumbo a las islas, siendo la primera avistada la de San Miguel, y el día 25 del mismo mes, frente a la de la Tercera, puesta en contacto con la escuadra francesa, se empezó a combatir. La batalla duró dos días, siendo el galeón almirante español, *San Mateo*, sobre quien el enemigo dirigió desde un principio sus ataques más fuertes, y en el que seguramente iba Cervantes. Hubo un momento en que, acosado por varios buques franceses, y después de cinco incendios, la situación era tan crítica, que el Almirante ordenó virara la escuadra para acudir en su socorro, lo que produjo con esta maniobra que la retaguardia, que se encontraba algo desplazada del combate, entrara de lleno en él y se derrotase plenamente al enemigo, que perdió, o le fueron apresados la mayoría de los barcos.

En el año siguiente se conquistan definitivamente las Terceras por una nueva expedición, al mando de Santa Cruz, que llevaba como fuerza de Infantería 20 banderas del Tercio de Figueroa. El desembarco realizóse con admirable brío, a pesar de luchar contra un enemigo atrincherado y una fuerte resaca, que le hacía más difícil, pero derrotados franceses y portugueses, las islas se sometieron a su Rey, regresando la escuadra a Cádiz.

Con esta campaña puede decirse que Cervantes se retira del servicio de las armas; desde ahora se dedicará al servicio de las letras. Zarandeado por la vida, pasando más épocas de penuria que de bienestar, con amores que no le colmaron, y siendo años perseguido de la justicia, fue avanzando en edad Miguel de Cervantes. Allá por 1590, por considerar meritorios sus servicios al Estado, dirige instancia al Presidente del Consejo de Indias pidiendo se le abra información para solicitar el puesto vacante de la Contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la Gobernación de la Provincia de Soconusco, en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena de Indias, o Corregidor de la ciudad de La Paz. Mas ninguna de tales vacantes le fue concedida.

Esta es, en líneas generales, la vida militar del hidalgo don Miguel de Cervantes, que como él mismo hace decir a Mercurio en el *«Viaje al Parnaso»:*

«Que en fin has respondido a ser soldado
Antiguo y valeroso, cual do muestra
La mano en que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda para gloria de la diestra.»

Actos del 444.º Aniversario de la creación de la Infantería de Marina.
(Foto: *www.flickr.com/photos/armadamde*).

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, SOLDADO DE MARINA

J. FERNÁNDEZ GAYTÁN

Que al fin has respondido a ser soldado, antiguo y valeroso, cual lo muestra la mano de que estás estropeado.

(*Viaje al Parnaso*. M. de Cervantes).

UCHO se ha escrito, se escribe y escribirá sobre la batalla naval de Lepanto, en la cual la Armada cristiana, del mando de don Juan de Austria, su generalísimo, derrotó a la turca, mandada por Alí-Bajá, en aguas del golfo de aquel nombre un 7 de octubre de 1571, día en que la Cristiandad conmemora la festividad de la Santísima Virgen del Rosario.

Permítase a este infante de Marina recuerde aquí a otro *que en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros,* perdió *el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra:* Don Miguel de Cervantes Saavedra, que a bordo de la galera *Marquesa*, mandada por el capitán Francisco de San Pedro, y como soldado aventajado, tuvo una actuación heroica.

Pasemos por alto sus principios, desde su nacimiento en Alcalá de Henares (el 9 de octubre de 1547, siendo sus padres don Rodrigo de Cervantes, cirujano, y doña Leonor de Cortinas) hasta su ingreso en la milicia, de la que nos dirá en el discurso de las armas y las letras, del *Quijote*, y refiriéndose a la vida del soldado: *No hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la misericordia de su paga, que*

Miguel de Cervantes.

viene tarde o nunca, o a la que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas.

A finales del año 1568, sin contar aún los veintiún años de edad, pasa Cervantes a Italia, como paje en la comitiva de monseñor Julio Acquaviva, legado pontificio, con el cual visitó todo aquel país. Deja después el servicio de monseñor Acquaviva y el año 1570 ingresa como soldado aventajado. Ya antes, su padre había solicitado, el 22 de diciembre de 1569, información de limpieza de sangre, para que su hijo Miguel pudiera utilizarla. En ella, *el muy magnifico licenciado Duarte de Acuña, teniente corregidor de la villa de Madrid,* previa declaración de testigos, en que se manifestaba que ni *él* (Cervantes), *ni yo, ni la dicha mi mujer, ni mis padres, ni abuelos, ni los de la dicha mi mujer hayan sido ni somos moros, judíos, conversos ni reconcilia dos por el Santo Oficio de la Inquisición ni por ninguna otra justicia de caso de infamia, antes han sido y somos muy buenos cristianos viejos, limpios de toda raíz...*

Ya es soldado aventajado, dijimos, *vestido de papagayo*, a su decir, ingresando en la Compañía de Diego de Urbina, *un famoso capitán de Guadalajara*, nos dijo de él Cervantes, del Tercio de don Miguel de Moncada. Debió ser esto por el año 1570. Los motivos de elegir esta noble profesión fueron explicados por él mismo: *el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á*

todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.

Su primera campaña fue, probablemente, el socorro de Chipre, atacada por los turcos. Se reúnen en Otranto las galeras españolas, del mando de Juan Andrea Doria, con las del Papa y las de Venecia, mandadas, así como el conjunto, por Marco Antonio Colonna. El resultado fue un fracaso; los turcos se apoderaron de Nicosia, capital de la isla, y la armada cristiana regresó a Nápoles.

El peligro turco aumenta: Selim II pretende ser señor y dueño del mar latino; esto obliga al Santo Padre Pío V a organizar la *Santa Liga*, para cuyo mando nombra, como generalísimo, a don Juan de Austria. En Nápoles embarca, como ya sabemos, Cervantes en la galera *Marquesa*. El 7 de octubre de 1571, fecha de la batalla naval de Lepanto, se hallaba éste *enfermo de calenturas*, por lo cual sus compañeros, e incluso su capitán, trataron de convencerle para que se retirase y no tornase parte en la acción, a lo que se negó rotundamente, porque, *¿qué se diría de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy en día se han ofrecido de guerra á su Majestad y se ha mandado, le he servido muy bien como buen soldado; y así ahora no hará menos, aunque esté enfermo y con calentura: más vale pelear en servicio de Dios y de su Majestad y morir por ellos, que no bajarme socubierta: así pues, póngame en el lugar más peligroso, y en ello se hará merced*. A esto accedió Diego de Urbina, su capitán, ordenando lo colocaran, con doce soldados bajo su mando, junto al esquife, que era uno de los sitios de mayor peligro.

De su presencia en el combate, nos dirá el alférez Mateo de Santisteban, en una declaración hecha en el año 1578: *Que el día de la batalla que el dicho señor don Juan de Austria dio á la armada turquesca, este día vió que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbina, en la galera Marquesa, de Juan Andrea Doria, en el cuerno de tierra, y que un año antes había que el dicho Miguel de Cervantes servía en la dicha compañía, porque lo vió asimismo este testigo..., que se halló presente por ser soldado de la misma compañía*.

Años más tarde nos evocará Cervantes en su inmortal *Quijote*, las horas que vivió en Lepanto: *...Y si éste parece no pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestir dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza y viendo que al primer descuido de los pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de*

Vista de la batalla de Lepanto.

admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de su muerte: valentía y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

Recibió Cervantes en la lucha tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda *que le quedó manca y estropeada; de estas heridas siempre se mostró orgulloso, como recibidas en la más alta ocasión que vieron las siglos pasados, los presentes ni esperen ver los venideros, y como estrellas que guían al cielo de la honra*, feliz por haberse encontrado en tan gloriosa jornada, pese a haber sido herido, lo que prefería a estar sano, nos dice, *porque el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga*.

Al siguiente día del combate, el generalísimo visitó todas las naves, preocupándose por el estado de los heridos. En la *Marquesa* se entera don Juan de Austria del heroico comportamiento de Cervantes, por lo que le concede tres escudos sobre su paga ordinaria.

Después de la batalla, pasó la armada cristiana a Mesina, donde fue hospitalizado Cervantes y convaleció de sus heridas. Ya restablecido, ingresa en la compañía del capitán don Manuel de León, del Tercio de don Lope de Figueroa, embarcando en una de las galeras que mandaba don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Asiste durante el verano de 1572 a nueva campaña contra los turcos en el archipiélago griego; desgraciadas jornadas de Navari-

no, donde se dio cuenta de la *ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego sin esperar ser combatidos, tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la Cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la* Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada la* Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz; y no quiero de decir lo que sucedió en la presa de la Presa.*

Era tan cruel el hijo de Barba Roja, trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera Loba *les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados que á poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían.* Y de Modón, al año siguiente, a la ocupación de La Goleta y Túnez. En ésta también se halló su hermano Rodrigo: después a Cerdeña, de guarnición, y, más tarde, a Génova y Espezia.

El año 1574, los turcos atacan La Goleta, por lo que se organizan socorros para ir en su auxilio; el mal tiempo hace que fracase la operación, y la armada que mandaba don Juan de Austria tiene que retirarse y arriba a Sicilia. Cervantes se halló en todas estas expediciones. El año 1575 obtiene licencia para regresar a España desde Nápoles.

Con cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sesa para Felipe II, en las que alababan sus méritos, a la par que manifestaban tenerle en gran estima, embarcó por fin en aquel puerto, en la galera *Sol*, rumbo a España. Con él iban su hermano Rodrigo, que también había servido como soldado en estas campañas; Pero Díez Carrillo de Quesada, gobernador que había sido de La Goleta y más tarde general de Artillería, y otros militares y caballeros nobles que a España volvían.

Siempre se acordará de su manquedad: *Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano detener el tiempo, que no pasase para mí, o si mi manquedad hubiese nacido en una taberna, sino siendo en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados,*

los presentes ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se tomaron.

Eran tres las galeras que un 20 de septiembre de 1575 zarparon de Nápoles rumbo a España; a más de la *Sol*, la *Higuera* y la *Mendoza*. Costeando, buscando el golfo de Lyon, cerca de las Tres Marías, en las proximidades de Marsella, tropiezan con unas galeras mandadas por Arnaute Mamí, capitán de la mar de Argel; ya las otras galeras se habían separado de la *Sol*, que es acometida por tres, y después de desigual combate, en el cual Cervantes se distinguió por su heroica actuación, cayó en poder del enemigo. Así nos lo cuenta él mismo:

No tardaron mucho en llegar los enemigos y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de nuestra perdición. No osaron los enemigos llegar a bordo, porque viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos: Hiciéronlo así, y, el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestro pecho el temor de perdernos. Con todo esto, no desmayando el valeroso capitán ni ninguno de los que con él estaban, esperó a ver lo que los contrarios hacían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un recado enviaron a decir a nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una antena en cogiéndole, y añadiéndole a ésta otras amenazas. El renegado le persuadía que se rindiese, mas no queriendo hacerlo el capitán, respondió al renegado que se largase de la nave, si no que le echaría al fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó a jugar desde lejos la artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó a hacer lo mismo, tan venturosamente, que a uno de los bajeles que por la popa combatían echó a fondo, porque le acertó con una bala junto a la cinta, de modo que, sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió la mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro ... Mas no por iras cansando contando particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que después de habernos combatido dieciséis horas y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío a cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último de ellos entraron furiosamente en el navío ... De esta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron a la enemiga galera capitana, donde fui luego curado con alguna diligencia. (*La Dorotea*).

Tocó a Cervantes por dueño el arráez Dalí Miami, renegado griego; como quiera que éste le encontrara las cartas de recomendación que llevaba, creyó que aquél sería un caballero principal español y *persona de gran reputación y calidad*, por lo cual pensó conseguir un rescate *muy crecido y ventajoso*; por tanto, quiso asegurarlo cargándole de cadenas y poniéndole guardias de vista, *vejándole y molestándole fieramente*, a fin de que, tras el largo padecer, solicitase su libertad. Sin embargo, Cervantes creyó poder arreglar todo por sí mismo; para ello se puso de acuerdo con otros esclavos cristianos, especialmente con don Francisco Meneses, capitán que había sido en La Goleta; don Beltrán del Salto y de Castilla, también hecho cautivo en dicha plaza; los alféreces Gabriel de Castañeda y Ríos, el sargento Navarrete, un caballero llamado Osorio y otros más.

Para conseguir su liberación, entabló relaciones con un moro *de su confianza,* a fin de que les sirviera de guía y los llevase por tierra a Orán. Ya puestos en marcha, el tal moro los abandonó, viéndose obligados a volver a Argel. De nuevo los malos tratos, *en particular Cervantes,* el cual, por este intento de fuga, fue cargado de cadenas *y se le estrechó mas su prisión y encerramiento*. De todo esto nos contará él en una epístola:

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pudo el llanto detener el freno,
que a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Sin embargo, a nuestro don Miguel no se le quita de la cabeza la evasión. En tanto, habían llegado a Argel unos frailes redentoristas, con el fin de rescatar cautivos. Con ellos traían una cierta cantidad que el padre del inmortal escritor había conseguido, empeñando su propia hacienda y el patrimonio de sus hijos *quedando por consecuencia reducido a la mayor estrechez y pobreza*. Al recibir Cervantes estos dineros, trató de ajustar su rescate con su amo, Dalí Mami, pero como quiera que éste le consideraba un personaje principal, y siendo grande su codicia, creyó corto el precio ofrecido y se negó en rotundo a entrar en ningún trato. Por ello obtuvo Cervantes el rescate de su hermano Rodrigo, esclavo del rey de Argel, Ramadán Bajá. Corría el año 1577 cuando fue liberado Rodrigo, a quien su hermano había encargado que, llegado a España, procurase se aprestase una fragata armada que, desde las costas de Valencia, Mallorca o Ibiza arribase al punto que se le señalara, *en las cercanías de Argel*, para liberar y conducir a España a Cervantes y a otros cristianos. Para mayor facilidad, obtuvo éste cartas de don Francisco de Valencia y don Antonio de Toledo, caballeros de la Orden de San Juan, cautivos como él en Argel, a fin de que rogasen a los virreyes de dichas provin-

cias el apresto de un bajel, explicándoles además el objeto de tan osada empresa.

No obstante, Cervantes pensó siempre en liberarse y liberar a sus compañeros por sus propios medios, sin ayuda ajena. Y a tal fin tenía tomadas las medidas que en su opinión habrían de asegurar la fuga.

El alcaide Azán, renegado griego, poseía un jardín en las cercanías de la mar, del cual cuidaba Juan, esclavo suyo natural de Navarra. Este, de acuerdo con Cervantes, había preparado en lo más oculto de dicho jardín una cueva; allí se habían escondido, según aquél les indicara, varios cristianos a finales de febrero de 1577. Fuéronse agregando sucesivamente otros, así que cuando Rodrigo de Cervantes, ya liberado, partió para España, eran unos quince los que en la cueva se hallaban refugiados, *todos hombres principales*. Miguel de Cervantes es el jefe nato de esta *república subterránea*; él se preocupa de la seguridad y subsistencia de todos, por lo que procura interesar en ella al jardinero, *que le servía de escucha y atalaya*, a fin de que nadie pudiera descubrirlos, y a otro cautivo llamado el Dorador, natural de Sevilla, que de muy joven había renegado de su fe, aunque más tarde volvió a ella. Era éste el encargado de comprar los víveres para los escondidos en la cueva, así como también de conducirlos a ella. Ya reunidos los cristianos que querían liberarse, Cervantes creyó próxima la presencia de la nave liberadora y huyó de la casa de su dueño, acogiéndose a la cueva junto a sus compañeros.

Las cartas que su hermano Rodrigo llevara surtieron efecto. Con gran diligencia se equipó una fragata en Mallorca, mandada por *un tal Vicente,* hombre de gran valor, activo y *práctico en la mar y costa de Berbería*, recién liberado zarpó por los últimos días de septiembre, arribando a Argel el 28 del mismo mes, y, de noche, para no ser descubiertos, se aproximó a un lugar cercano al jardín, de donde le sería fácil avisar a los escondidos en la cueva. Pero unos moros que vieron la fragata, pese a la oscuridad de la noche, comenzaron con gran algarabia a pedir auxilio, por lo que, asustados aquéllos, dieron vuelta, aunque después, para su desgracia, intentaran de nuevo acercarse a la costa, lo que les hizo caer prisioneros.

Nuevo fracaso para Cervantes y sus compañeros de infortunio. Esperaban ellos la libertad, que es *uno de los dones más preciosos que a los hombres dieron los cielos..., por ella, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres*. El Dorador, en quien Cervantes había puesto su confianza, resultó un *taimado hipócrita*; de nuevo renegó de su religión y avisó a Azán de los propósitos de aquellos. Mucho alegró al rey esta noticia, que le dio oportunidad para hacerse dueño de los cautivos que en la cueva esperaban su liberación. Ordenó al comandante de su guardia que, llevando como guía al delator y con buen número de soldados, llegase a la cueva, y se apoderase de los allí escondidos. Cervantes había advertido previamente a sus amigos que descargaran en él toda la culpa, y al tiempo que los moros maniataban a los cautivos,

Argel en 1571 tal como la conoció Cervantes en su cautiverio.

aquél dijo *en alta voz, con entereza y serenidad, que ninguno de aquellos infelices tenía culpa ni arte en aquel negocio, porque él solo era quien los había inducido a fugarse y esconderse y quien todo lo había dispuesto manejado*. Ante esto, mandó el rey Azán encerrasen a todos en su baño, excepto a Cervantes, al cual condujeron ante él; soportó un largo martirio, maniatado, a pie y *sufriendo en tan largo camino de los que le custodiaban y de la chusma de Argel todo género de afrentas, injurias y vejaciones*.

El rey le ordenó, con grandes amenazas, dijera quienes eran sus cómplices; pero nada doblegó a nuestro don Miguel. Desde un principio, se declaró jefe y organizador del intento de fuga, por lo que, ya cansado Azán, optó por apropiarse de todos los cautivos, incluido Cervantes, al cual ordenó encerrar en su baño, *cargándole de cadenas y hierros, con intención todavía de castigarle*.

Noticioso el alcaide Azán de lo ocurrido, acudió al rey, pidiéndole un duro escarmiento para los cristianos. Pero pudo más la codicia de éste, y aunque tuvo que devolver algunos a sus dueños, sin embargo, o *temiendo las trazas y travesuras suyas, o teniéndole en consideración de gran rescate*, a Cervantes se le compró a Dalí Mami, su amo, por quinientos escudos.

De las calamidades que pasó en el baño de Azán Bajá, *y aunque la hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces y aun casi siempre, ninguna cosa nos*

fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél, y por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Allí estuvo Cervantes encerrado desde finales del año 1577, *con gran vigilancia*. Sin embargo, ninguna de estas desgracias le arredraban; bien pronto encontró el medio de intentar de nuevo recobrar su libertad perdida. Envió en secreto a un moro con cartas para don Martín de Córdoba, general de Orán, y para otras personas principales de aquella plaza, en las cuales les pedía *enviasen algunos espías o personas de confianza con quienes pudiese huir él y otros tres caballeros que estaban cautivos en el mismo baño del rey.* Salió el moro con las cartas y antes de llegar a Orán fue detenido por otros moros, que se apoderaron de las cartas y se lo llevaron preso a Argel. El rey lo mandó empalar, aunque murió sin declarar nada; pero aquél, al ver la firma de Cervantes, ordenó que le diesen a éste dos mil palos, lo que quedó sin efecto *por los ruegos y empeños que se interpusieron a su favor; accedió el tal bárbaro*, pese a que poco tiempo antes había mandado diesen igual castigo, en su presencia, a tres cautivos españoles que también habían intentado huir a Orán.

Pese a todas estas desgracias no se arredraba Cervantes, siempre pensando en conseguir su liberación y la de sus compañeros, y así nos dirá: *Jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad; que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate. También los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la de más chusma, si no es cuando se tarda su rescate; entonces por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es unno pequeño trabajo*.

Se hallaba en Argel, septiembre de 1579, un granadino, conocido como el licenciado Girón, renegado español, que al abjurar de su religión, había tomado el nombre de Abderramén. Arrepentido de su mal paso, no deseaba otra cosa que volver a la verdadera fe. De todo esto se enteró Cervantes, quien le animó en todo momento a que tornase al seno de la Iglesia Católica, pensando también que le facilitaría los medios de tornar a la patria.

Con este objeto entabló relaciones con dos mercaderes valencianos, Baltasar de Torres y Onofre Exarque, vecinos de Argel, a fin de que aportaran lo preciso para adquirir una fragata armada. Girón compró un bajel de doce bancos con las 1.500 doblas que diera Exarque, *todo por dirección oculta de Cervantes*. Con la misma reserva que se había llevado a cabo todo, avisó éste a sesenta *de los más principales cautivos*, a fin de que se preparasen a embarcar al primer aviso.

Poco faltaba para la partida, cuando un traidor reveló todo al rey. Simuló éste en un principio, con objeto de poder sorprender a los fugitivos en flagrante delito y apropiárselos con toda la razón. Enterados los cristianos de su fracaso, se apoderó de ellos la congoja, en particular de Onofre Exarque, que temía perder la hacienda y vida, y en caso de que Cervantes, obligado por los tormentos, declarara todo. Por ello le pidió a éste que se embarcase rumbo a España en una de las naves próximas a zarpar, comprometiéndose a pagar su rescate. No conocía Exarque a don Miguel, que rotundamente se negó a lo que consideraba como una traición a sus amigos y compañeros. Más aún, había sido el organizador de todo el proyecto de evasión y, por tanto, estaba dispuesto a declararse responsable ante el rey Azán.

Ante esta adversidad, Cervantes, que se hallaba escondido, después de haberse fugado de casa de su amo, en la de su antiguo compañero el alférez Diego Castellano, esperaba las disposiciones del rey después de haberse descubierto la conspiración. En efecto, días más tarde, *con pregón público,* se ordenaba la captura de Cervantes, imponiendo pena de muerte a aquél que lo ocultase; ante esto, y para evitar que ningún amigo suyo sufriera nada, optó por presentarse. Para ello se valió de un tal Morato Ráez Maltrapillo, natural de Málaga, y renegado, intimo amigo del rey; le llevó Morato ante la presencia de éste, quien comenzó a preguntarle sobre sus cómplices y el proyecto fallido; *y aun para más amedrentarle hizo que le pusiesen un cordel a la garganta, y que le atasen las manos atrás, como si se dispusiesen para ahorcarle*. No era don Miguel de Cervantes Saavedra hombre para asustarse; sereno y digno, se declaró el único responsable de todo, confesando repetidamente *que sólo él lo había ideado y dispuesto todo con otros cuatro caballeros que ya habían ido en libertad, pues de los restantes ninguno lo sabía ni debía saberlo hasta el momento mismo de la ejecución*. Esta justificación logró calmar la indignación del rey, que se contentó con desterrar al reino de Fez al renegado Girón y ordenar que encerrasen a Cervantes en la cárcel de los moros que estaba en el mismo palacio. En ella estuvo durante cinco meses, *aherrojado con grillos cadenas, tratado con el máximo rigor y muy vigilado. Sin embargo, como escribió el alférez Palma, por una acción tan heroica, don Miguel cobró gran fama, loa y honra y corona entre los cristianos.*

Todas estas tentativas, el valor, la constancia y dignidad con que había sufrido tantas desgracias, hicieron que los argelinos llegaran a temer a Cervantes, hasta el punto de que el rey Azán sospechase que aspiraba a apode-

rarse de Argel y destruir aquel refugio de piratas. No iba muy descaminado, ya que, pensando no sólo en que dos que le habían precedido en empresa tan dificultosa como arriesgada, el gran número de cautivos cristianos (más de 25.000). que allí se hallaban animó a Cervantes a hacerse dueño de la ciudad y entregarla a España. Puede ser que lo hubiera conseguido, ya que contaba con elementos suficientes; sin embargo, *la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados descubrió sus planes; empresas que, al decir del glorioso manco, quedarían por muchos años en la memoria de aquellas gentes.*

No era, por tanto, la dura prisión a que el rey Azán tenía sometido a Cervantes un simple efecto de su carácter severo y cruel, sino una medida de seguridad, por lo que acostumbraba decir que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendría segura su capital, sus cautivos y sus bajeles. Cervantes nos dice, poniéndolo en boca de un cautivo: sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo emió él más de una vez.*

En tanto, los padres de Cervantes procuraban obtener su libertad mediante el rescate, cosa difícil para ellos, ya que habían gastado su capital con anterioridad para conseguirla, obteniendo sólo la de su hijo Rodrigo. Cuando éste llegó a España, su padre solicitó información judicial relativa no sólo *a la calidad, circunstancias y servicios de su hijo Miguel, sino también de la absoluta pobreza en que se hallaba para poder rescatarle*. Con este objeto presentó el 17 de marzo de 1578 *un interrogatorio de seis preguntas a cuatro testigos que conocieron a su hijo en las jornadas de levante y en el cautiverio*. Depusieron los alféreces Gabriel de Castañeda y Mateo de Santisteban, el sargento Antonio Godínez de Monsalve y don Beltrán del Salto y de Castilla, quienes afirmaron ser Miguel de Cervantes, hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, de unos treinta años de edad, *según lo que representaba su aspecto*, que había sido cautivado por Dalí Mami, aunque creían se hallaba en poder del rey Azán Aga, *y que su padre era hijodalgo, y muy pobre por haber vendido los pocos bienes que tenía para rescatar a su hijo mayor.*

También por aquella época vivía en Madrid el duque de Sesa, que había sido virrey de Sicilia, a quien pidieron certificado de los servicios y méritos contraídos por Cervantes en Italia y en varias expediciones. Esta certificación, muy expresiva, afirmaba *que era digno que S. M. le hiciese toda merced para su rescate*. La muerte de Rodrigo de Cervantes, sin embargo, alargó el despacho del asunto.

Por este tiempo, y para el rescate de cautivos, se disponían a partir para Argel los frailes trinitarios Juan Gil, procurador general de esta Orden, y Antonio de la Bella, a los cuales visitaron el 31 de julio de 1579 la madre de Cervantes y su hermana Andrea, con objeto de entregarles trescientos ducados

que sirvieran para ayuda en el rescate de Miguel. También la madre había solicitado del monarca, considerando su pobreza y los méritos de su hijo, *algún arbitrio o gracia para rescatarle*. *La solicitud fue atendida por Felipe II, concediéndole, con fecha 17 de enero de 1580, autorización para que del reino de Valencia se pudiesen llevar a Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas; sin embargo, la desgracia les persigue, y así, cuando se trataba de beneficiaria, no daban por las tales mercaderías sino sesenta ducados*.

En tanto, llegaron los padres redentoristas a Argel el 29 de mayo de 1580, comenzando desde un principio a tratar sobre el rescate de los cautivos. Pero el de Cervantes hace que se retrase todo; pedía el rey por él mil escudos, *para doblar el precio en que le había comprado*, amenazando con que si no se le pagaba esta cantidad se lo llevaría a Constantinopla, cosa que parecía iba a cumplir, ya que, en unión de otros cautivos, lo embarcó a bordo de un bajel, *asegurado con grillos y cadenas*. Ante esta situación, fray Juan Gil, temiendo que se llevasen a aquél, y compadecido de su desgraciado estado, pidió con tanta fuerza que logró rescatarle, mediante el pago de quinientos escudos *en oro de España*. Y así tenemos liberado a nuestro don Miguel un 19 de septiembre.

Ya en libertad, creyó Cervantes necesario justificar su comportamiento durante el tiempo de su cautiverio. A tal efecto, solicitó de fray Juan, en 10 de octubre de 1580, ya que no había en Argel ninguna persona entre los cristianos que tuviese la administración de justicia, y siendo él quien representaba no sólo al rey de España, sino también al Santo Padre como delegado apostólico, que mandase abrir una información ante el notario don Pedro de Ribera.

El resultado fue que Cervantes salió lleno de las mayores alabanzas por su comportamiento: *Que fue siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano católico: que su zelo fervoroso y su instrucción sólida en los fundamentos de la fe le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida: que con el mismo espíritu animaba para que no renegasen a los que veía tibios y desalentados: que su nobleza de ánimo, sus buenas costumbres, la franqueza de su trato y su ingenio y discreción le grangeaban muchos amigos, complaciéndose todos en reconocerle por tal: que su popularidad y beneficencia le captaban igual concepto y aprecio entre la muchedumbre; que sin embargo de esto conservó aun en su esclavitud todo el decoro propio de sus circunstancias, tratando y conversando familiar y amigablemente con los sujetos más distinguidos por su estado y condición; y que los mismos padres redentores, conociendo su talento y buenas prendas, no sólo le trataron con singular aprecio, sino que consultaban y comunicaban con él los asuntos y negocios más arduos de sus encargos y comisiones*.

También es digna de citarse la declaración de don Diego de Benavides, que, habiendo llegado a Argel, procedente de Constantinopla y como cautivo, indagó en aquella ciudad de varios cristianos *quiénes eran los principales y más señalados; y es a Cervantes al que indican como uno de ellos, ya que*

era muy cabal, noble y virtuoso, y de muy buena condición, y amigo de otros caballeros; lo buscó y fue su amigo, encontrando en él *padre y madre*, ya que, sin conocer a nadie en la ciudad, y completamente desamparado, Cervantes, ya rescatado, lo acogió en su casa, dándole de comer, así como ropa y dineros.

Igualmente, el alférez Luis de Pedrosa declaró no haber visto en Argel a ninguno que como Cervantes se preocupase tanto por la suerte de los cautivos, ya que *en extremo tiene especial gracia en todo, porque es tan discreto y avisado, que pocos hay que le lleguen*. Asimismo, fray Feliciano Enríquez, carmelita, halló en él un gran amigo, y cuenta que, tras haber comprobado por sí mismo la falsedad de una calumnia que contra Cervantes habían levantado, sólo podía atribuirse a quienes da envidia su hidalgo proceder, cristiano y honesto y virtuoso.

Y fray Juan Gil, *después de abonar la buena fe y circunstancias de los testigos, dice tener a Cervantes por muy honrado, que había servido muchos años al Rey, y que, particularmente por las cosas que había hecho en su cautiverio, merecía que S. M. le hiciese mucha merced. A esto añadía haberlo tratado con intimidad y confianza* y que nunca hubiera querido trato con él si hubiera estado mal conceptuado.

También el doctor don Antonio de Sosa, que por hallarse cautivo cuando lo de la información no pudo decir nada, más tarde, cuando llegó a sus manos el interrogatorio, de su puño y letra escribió una declaración en la cual dice, entre otras cosas: *y si tal no fuera, yo tampoco le tratara ni comunicara, siendo cosa muy notoria que es de mi condición y trato no conversar sino con hombres y personas de virtud y bondad.*

El padre Haedo nos cuenta que el cautiverio de Cervantes fue de los *peores que hubo en Argel*; y él mismo decía años más tarde que en aquella dura escuela *aprendió a tener paciencia en las adversidades.*

Después que Cervantes hubo recogido esta información, con autorización del notario apostólico don Pedro de Ribera y una certificación de fray Juan Gil, salió en unión de otros compañeros rumbo a España, por los finales del año 1580, consiguiendo uno de los mayores contentos que en esta vida se pueden tener, cual el de llegar, después de largo cautiverio, salvo y sano a la Patria: *porque no hay en la tierra..., contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.*

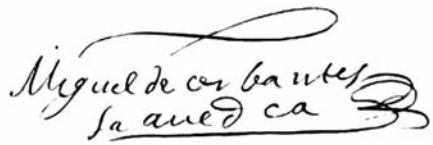
De nuevo en España, se incorpora al Tercio de don Lope de Figueroa. Con él embarca en Lisboa, en la Armada de don Álvaro de Bazán, a fin de ayudar a don Pedro de Valdés en la empresa de reducir la sublevación de las islas Terceras. A bordo del galeón *San Mateo* parece ser se halla en la batalla naval que contra los franceses se dio el 25 de julio de 1582, y en el desembarco de las tropas españolas en la isla Tercera, todo lo cual concluyó satisfactoriamente. Regresa la Armada a Lisboa y asiste de nuevo a la empresa del siguiente año en las Terceras, que también acaba victoriosamente. Asimismo, por esta

época pasó Cervantes a Mostagán, donde su alcaide le entregó cartas para Felipe II, y después a Orán, en cuya plaza se incorpora a su Tercio.

Acabadas estas campañas volvió a España y allí solicita su retiro, tras veintidós años de servicio activo, en el cual fue herido y quedó mutilado. Por el año 1588 pasó a Sevilla, acompañando al consejero don Antonio de Guevara, que había sido nombrado proveedor general de las armadas y flotas de Indias, quien lo designó comisario hasta 1593. Aunque conservó este cargo años más tarde, por la costa de Andalucía, allí le coge el desembarco en Cádiz del almirante inglés conde de Essex, año de 1596. Ya en 1590 había solicitado la Contaduría de Galeras de Cartagena de Indias, que no se le concedió. Y con esto acaban los servicios que a la Marina prestó Cervantes; los posteriores ya no son del caso. El telón de su vida cae en Madrid el 23 de abril de 1616, cuando entregó su alma a Dios aquél *Príncipe de los Ingenios y Manco de Lepanto*.

Y como final, hagamos su retrato por boca del propio don Miguel, quien escribió en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*:

Este qe veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; oigo cargado de espaldas no muy ligero de pies; este digo que es el rostro del autor de la Galatea *y de* Don Quijote de la Mancha *y del que hizo el* Viaje del Parnaso *a imitación del de César Caporal Perusino, otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente* Miguel de Cervantes Saavedra, *que, aunque manco, nunca lo fue ni para escribir ni para batirse, y aunque tartamudo no lo era para decir verdades*.



BIBLIOGRAFÍA

Heroica actitud de Miguel de Cervantes, cautivo en Argel. Fray Diego de Haedo.
Vida de Miguel de Cervantes Saavedra. M. Fernández de Navarrete.
Cervantes marino. C. Fernández Duro.
El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. F. Navarro y Ledesma.
Miguel de Cervantes. J. Montero Alonso.

Composición fotográfica.
(Fuerza de Protección).

MIGUEL DE CERVANTES, COMISARIO DE BASTIMENTOS DE LA ARMADA

J. GUILLÉN SALVETTI

LLA por el año 1587, deambulaba por las calles de Sevilla un hidalgo llamado Miguel de Cervantes, pobre, de escasos recursos, que se ganaba la vida efectuando comisiones de cobros y apremios, que apenas le deparaban un sueldo miserable. De joven había estado en Italia, enrolado en un Tercio, y luchando en la batalla de Lepanto, donde le destrozaron la mano izquierda. Su cuerpo conocía el castigo del palo, que había sufrido bastantes veces en duros años de cautiverio en Argel. Pudo volver a España gracias al sacrificio de sus hermanas, que entregaron el importe de sus dotes en concepto de rescate. Ahora, como tantos desamparados, se hallaba en busca de oficio y beneficio, confundido en la gran orbe, base de las expediciones de Indias, con la esperanza de mejorar su destino y asegurar la pitanza.

Así las cosas, Felipe II dio órdenes de aligerar los preparativos de la *Gran Armada,* para que se dirigiera contra Inglaterra, por lo que debía apresurarse el aprovisionamiento de víveres para las naves. El proveedor general de la Armada, don Antonio de Guevara, contrato a varios comisarios de provisiones para ocuparse del acopio de trigo desde los lugares en que estaba almacenado hasta los barcos. Cervantes consiguió ser uno de ellos.

Para entender la misión de Cervantes, conviene saber que la cuenta y razón de las Armadas era ejercida por los contadores, veedores y proveedores, encargándose estos últimos de la adquisición y requisa de bastimentos. Los proveedores de las flotas tenían facultades amplias para el cobro de contribuciones *y* alcabalas, importe que dedicaban al pago de los gastos que se originaban. Podían nombrar los comisarios que estimaran oportunos, determinaban

la cantidad de aceite, etc., con que debían de contribuir los pueblos enmarcados en su jurisdicción, avisando a los concejos para que recogieran y almacenaran las especies hasta la llegada de los comisarios, que eran los encargados de recogerlas y entregarlas. Las autoridades locales se limitaban a efectuar el repartimiento y a recibir lo que se les iba entregando, por lo que al llegar, los comisarios se veían forzados a proceder al allanamiento, y embargo de quienes se habían negado a depositar su parte, lo que hacía su labor muy desagradable y les producía muchos disgustos.

Dedicóse, pues, Cervantes a estas comisiones, que desempeñó a satisfacción de sus superiores, ganándose la estimación de éstos. La Armada, una vez abastecida, partió al encuentro de las costas inglesas, donde fue víctima de la ineptitud de su almirante y de la fiereza de los elementos. Cervantes escribiría sus *Canciones a la Armada Invencible,* que comenzaban así:

> —Bate, fama veloz, las prestas alas;
> rompe del Norte las cerradas nieblas,
> aligera los pies, llega y destruye
> el confuso rumor de nuevas malas,
> y con tu luz desparce las tinieblas
> del crédito español que de ti huye.

Siguieron encomendándole comisiones, pero poco frecuentes. En 1590, harto de su oficio, supo que había cuatro oficios vacantes en las Indias: contador de Nueva Granada, contador de las galeras de Cartagena de Indias, gobernador de la provincia de Soconusco y corregidor de La Paz. Elevó una humilde instancia, en la que exponía sus servicios y los de su hermano Rodrigo, alférez en Flandes, pidiendo alguno de los cuatro empleos, pero la instancia fue desestimada con un *busque por acá en qué se le haga la merced*. En 1590 estuvo muy necesitado, ya que no le encargaban nuevas comisiones hasta que formalizase las cuentas pasadas.

En 1591 mejoró su horizonte. Fue nombrado proveedor general de las galeras de España don Pedro Martínez de Isunza, que había sido contador del Reino de Cataluña y que conocía a Cervantes de Madrid. Isunza nombró en seguida a cuatro comisarios, uno de los cuales fue Cervantes.

Llegó para él una época plena de trabajo y viajes, en la que visitó muchos lugares de Andalucía y que debió de dejar una gran huella en su alma, que influiría posteriormente en sus descripciones de tipos y paisajes.

En su trabajo, Cervantes se relacionaba con varios pagadores de Flota, como los de Málaga, Gibraltar, Cartagena y Sevilla. Era buen amigo de Agustín de Cetina, pagador de bastimentos de Sevilla. Fue entonces cuando el poeta y pintor Juan de Jáuregui le hizo el retrato que hoy luce en la Real Academia de la Lengua.

Cuando acababa una comisión, rendía una certificación o declaración jurada, que entregaba al tenedor de bastimentos, y que era examinada y aprobada por los veedores y contadores.

La labor de los comisarios fue empeorando paulatinamente. Como se encontraban seguros del apoyo de Isunza, que se portaba bien con ellos, se mostraban exigentes, por lo que empezaron a llegar a la Corte protestas de los pueblos, principalmente de las entidades religiosas, que se veían perjudicadas por las sacas de trigo. Estas protestas motivaron que se encargara al corregidor de Ecija que visitara los pueblos y tomara declaraciones sobre la conducta de los comisarios. Esto constituyó un golpe fuerte para su autoridad, pues la gente ya no les temía, ya que avisaban en seguida al juez de comisarios, que deshacía todo lo emprendido.

En 1592 ocurrió que, en la localidad de Teba, un ayudante de Cervantes forzó las puertas de la villa para embargar trigo y cebada destinados a las galeras de Málaga y la escuadra de Gibraltar. Entonces, un recaudador mayor de los tercios reales, Salvador del Toro, acudió a la justicia, denunciando que las cantidades embargadas pertenecían a los tercios. Se originó un expediente, que tomó un cariz muy grave, pues lo envenenaron en la Corte los enemigos de Isunza, que querían quitarle su destino de la Proveeduría. El fiscal llegó a pedir que respondiese con su hacienda del trigo embargado. Isunza y Cervantes se trasladaron a Madrid para ocuparse del asunto. Cervantes elevó una quijotesca instancia, haciéndose responsable de todos los cargos.

Isunza, que se dio cuenta del daño que habían querido hacerle sus enemigos, se puso enfermo de gravedad, retirándose en 1593 a su casa del Puerto de Santa María, donde falleció. Cervantes perdió así a su mejor protector. El nuevo proveedor siguió encomendándole encargos, pero con menos frecuencia. No pudo obtener nuevos puestos mejor retribuidos, porque se le había descubierto un alcance de 100 reales, que se anticipó de unos cobros realizados, a cuenta de varios atrasos que se le debían.

En Madrid, su amigo Agustín de Cetina le consiguió una comisión para cobrar atrasos y alcabalas en la provincia de Granada, cantidades que debía entregar al tesorero mayor del Reino. Efectuó la comisión, y hallándose en Sevilla con parte del dinero cobrado (7.400 reales), para mayor seguridad lo depositó en casa de un banquero portugués llamado Simón Freire, que le dio una cédula para cobrar en Madrid. A los pocos días, Simón Freire se declaró en quiebra y huyó. Aquel dinero se pudo recuperar más tarde, pero el prestigio de Cervantes quedó en entredicho y ya no volvieron a darle más trabajo, por lo que a partir de entonces se dedicó a vivir de la pluma y de pequeños negocios y comisiones encargados por particulares.

Una vez metido en su mundo de escritor, le siguieron apremiando para que liquidase o esclareciese cuentas pendientes, de comisiones pasadas. El asunto de los tercios siguió: en septiembre de 1597, la Contaduría Mayor de Hacienda mandó a un juez que le requiere para presentarse en la Corte o diese fian-

zas de que iría, debiendo encarcelarlo en caso negativo. Como Cervantes no tenía medios en Sevilla, el juez cumplió órdenes y lo ingresó en la cárcel, a disposición del Consejo. Allí coincidió con Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache,* y con Vicente Espinel, antiguo oficial mayor de Contaduría, que penaba una mala rendición de cuentas. Cervantes estuvo en la cárcel todo el otoño, hasta conseguir la libertad en diciembre.

A pesar de estas incidencias, hay que decir que Cervantes dio buenas muestras de honradez y capacidad, granjeándose la confianza de sus jefes, que apreciaron sus meritos. La pureza administrativa de Cervantes está demostrada documentalmente en todas sus cuentas. Pensemos que estas correrías por los campos del comisario de bastimentos de la Armada inspiraron posteriormente las correrías de Don Quijote en busca de aventuras.

Que nuestro Cuerpo de Intendencia se sienta orgulloso de haber tenido entre sus antepasados al Ingenioso Hidalgo, y demos gracias de las penas que pasó, sin las cuales el *Quijote* no hubiera sido posible.

CERVANTES Y EL LENGUAJE DE GALERAS

(UNA PARLA... QUE HACE IMAGEN)

José Luis HERNÁNDEZ PASQUÍN

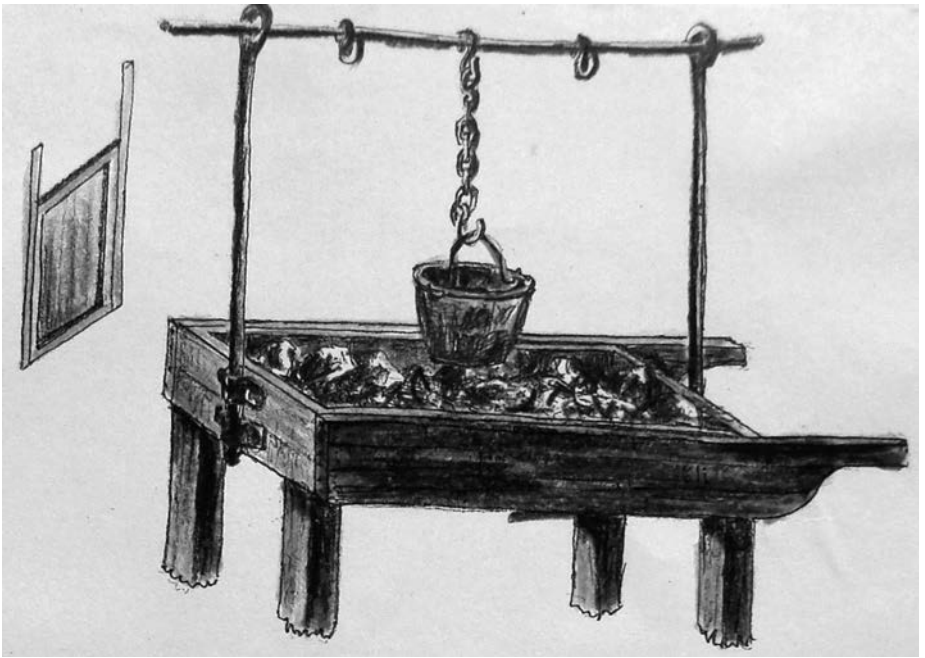
(R)

Introducción

N nuestra riquísima historia de las armas y de las letras, allá por el alto siglo XVI, aparecen, precisamente unidos por la mar, la galera y el egregio Miguel de Cervantes Saavedra, ambos en la madurez de su existencia. Desde que irrumpió en la historia de la construcción naval, la galera, como buque militar o de transporte en el lejano siglo XIII, mostró su singular personalidad tanto por sus gálibos como por sus cualidades tácticas, capaces de crear en su entorno una vida peculiar, mezcla de señorío y rudeza, de elegancia y desaliño. Cervantes conoció bien aquella vida en sus gloriosas singladuras en Lepanto y Túnez, o en las penosas a bordo de la galera *Sol* cuando en 1575 fuera apresado a su bordo frente a Marsella. El Príncipe de los Ingenios grabó bien en su mente aquella jerga, expresiones variopintas y costumbres a la usanza en aquellos sorprendentes navíos: desde los exquisitos modales y gestos de cuantos pululaban por el espaldar y la carroza hasta la zafiedad de los que faenaban por las corullas, bajo la arrumbada, entre el hedor de la chusma. Un singular contraste de culturas... tan sólo separadas por los 55 metros de la eslora del barco.

La mar en la literatura cervantina

Cervantes quiso dejar constancia, tanto en su obra cumbre como en algunas de sus *Novelas Ejemplares*, de su identificación con la vida en la mar, y lo hizo utilizando el vocabulario técnico con la naturalidad que lo escucharía a

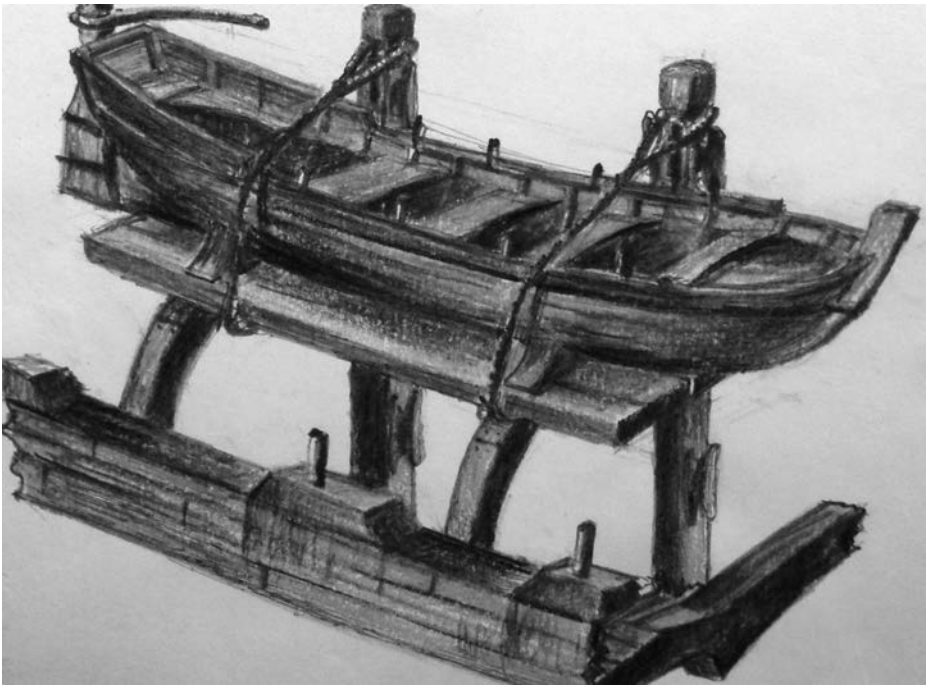


Fogón.

cómitres, gente de mar y capitanes en el desempeño de su trabajo, tanto en la mar como en combate o cuidando el exigido protocolo. En otras ocasiones, la descripción del hecho toma forma solemne. Por ejemplo, en el Cap. XXXVIII del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* se desborda la retórica del hidalgo caballero en su conocido «Discurso de las Armas y de las Letras» con un párrafo del siguiente tenor: «Veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por la proa en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio que el que concede dos piés de tabla del espolón; y con todo esto (...) viendo que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan por la parte contraria (...), y viendo que al menor descuido de los piés iría a visitar los profundos senos de Neptuno...». Un estilo grandioso para resumir la táctica del momento: la galera enfilaba a la enemiga, contra la que abría fuego con el cañón de crujía para reducir la resistencia oponente antes de la *embestida,* seguida del abordaje. Entraba entonces en acción la arcabucería desde la arrumbada, cubriendo al trozo de desembarco en la galera hostigada. La arcabucería apostada en los corredores de babor o estribor intentaba abatir la mayor cantidad de *gente de guerra*, protegida —al igual que la chusma— por las batayolas de tablones

armadas mediante los candeleros de las postizas. Oportuna la observación del «...menor descuido de los piés...» porque la tamboreta era un bosque de obstáculos entre las gatas, las gúmenas, bitones, etc., además de la resbaladiza cubierta con fuerte brusca. Una vez *trabados* los cascos, la palamenta o el viento se encargaban de revirar el barco para que las culebrinas tiraran a desmantelar y desarbolar al enemigo. Cuando peroraba Don Quijote en el citado «Discurso», sin duda Cervantes evocaba Lepanto, o sus penurias «amarrado al duro banco de una galera turquesca...», o cuanto le hubiera contado su hermano Rodrigo, uno de los primeros que desembarcaron en las Molas, en la conquista de las Terceras en 1582.

Pero a mi juicio, donde la pluma cervantina se torna verdaderamente deliciosa para el profesional de la mar es en el Cap. XLI del *Quijote,* por su estilo casi de añejo cuaderno de bitácora. Veamos algún fragmento: «...ya casi pasadas las tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos (...) vimos cerca de nosotros un bajel redondo (...) con todas las velas tendidas, llevando un poco a orza el timón, delante de nosotros atravesaba y esto tan cerca que nos fue forzoso amainar por no embestirle, y ellos (...)

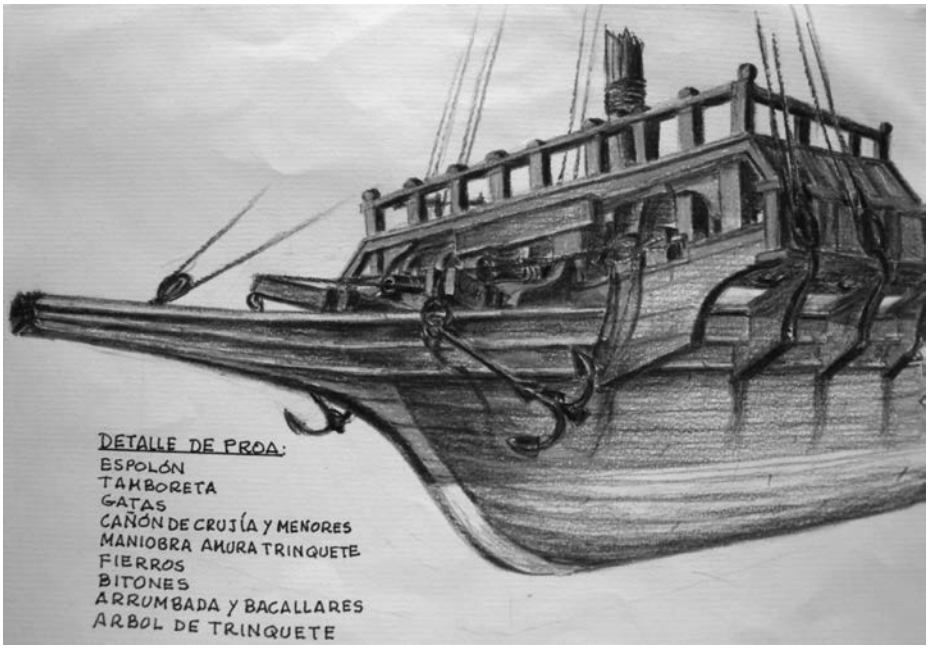


Esquife.

hicieron fuerza de timón para darnos lugar a que pasásemos...». El viento fresco y la claridad de la noche les permitió reconocer el bergantín redondo, procedente de la Rochela, que a barlovento *gobierna* a la galera tunecina, forzando la arribada para cortarle la proa... con aviesa intención, «y habiendo pasado un poco delante, ya que el bajel quedaba a sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y a lo que parecía, ambas venían con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol (...) y dieron con él y con la vela en la mar, y (...) disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca...». Conocido por el contexto que cruzaban por la zona del Estrecho, casi se podría dibujar el esquema de la maniobra, que acabó con la retirada del bergantín: «*...se hicieron a lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho*». No menos sugestiva es la odisea de la visita de Don Quijote y Sancho a las galeras fondeadas en *la marina* (Cap. LXIII), acompañados por el cuatralbo: desde el inicial saludo al cañón, la subida a bordo por el portalón de honor (popa, estribor), el triple ¡uh!, el volteo de Sancho a brazos de la chusma, la maniobra de *zarpar el fierro* mientras parte de los forzados izaban entenas, entre otros detalles. Como queda dicho, también en las *Novelas Ejemplares* el maestro usa giros náuticos a la hora de recomendar la prudencia, «...porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, pues según es el viento, tal es el tiento..» *(La tía fingida),* o aquella otra: «...y bogando a cuarteles... del Amante Liberal». Cervantes utiliza casi siempre la voz *cómitre*, en clara alusión a buques de la Armada, pues en las naves mercantes solía emplearse el término *naochero*.

Del fogón y del esquife: una digresión

La cámara de boga, entre la arrumbada y el estanterol, estaba dividida longitudinalmente por la crujía o corredor central sobre la cubierta de bancadas en la que apoyaban las peañas de los 60 ó 65 bancos para los galeotes, divididos en dos bloques simétricos a babor y estribor. Los bancos se afirmaban en posición oblicua desde la crujía hacia las bandas, formando un ángulo con aquélla de unos 75 grados hacia proa. En aquel espacio, a la intemperie y sin otro apoyo para sus miembros que la remicha a los pies, transcurría la vida del forzado. En uno de esos bloques de bancos —a babor o estribor— y hacia el último tercio de la eslora de la cámara, iba situado el fogón, ocupando el lugar de uno de los bancos, mientras en la otra banda se elevaba el varadero del esquife, que por lo general se llevaba a remolque. Fogón y esquife eran tan notables referencias a bordo, que ya en la antigua jurisprudencia de galeras, el añejo *Libro del Consulado del Mar (1270)*, trataba entre su articulado de las consecuencias de picar el remolque. Aunque quizá la más notable alusión a estos dos elementos es la que el libro hace en el Cap. CLXV sobre «¡Cómo debe el marinero soportar a su patrón!». Decía así: «...si le insulta (el patrón) y



Proa.

le acomete debe huir (el marinero) hasta la proa y ponerse junto a la cadena y si el patrón la cruza, debe huir (el marinero) al otro lado (...), si le persigue, puede defenderse, pues el patrón no debe cruzar la cadena...». Hay quienes opinan que *la cadena* era un determinado bao que en la cubierta indicaba al indolente y al patrón el límite del «área de amonestación». Para otros, *la cadena* «es el madero o barra que resguarda la arista horizontal de un fogón de cocina». Esta interpretación se me antoja más acertada al caso, dada su visible posición, que procuraba, además, abundantes testigos. Lo que está claro es que, así como del esquife hay abundantes menciones en los textos cervantinos, quizá el recuerdo del entorno del fogón de la galera podría ser la fuente de inspiración, por contraste, del relato del frustrado himeneo de Camacho y Quiteria, contado en los Caps. XX y XXI del *Quijote*: aquí, ante la plácida mirada de un Sancho famélico, se aderezan abundante caza, novillos despellejados para el asador, calderos con espuma y generoso caldo... ¡Igualito que aquellos repartos en la *Marquesa* o en la *Presa,* cuando sólo caía en la escudilla algo de arroz, habas, garbanzos, aceite y vinagre, y en ocasiones, un tiento al zaque de vino.

Conclusión y sugerencia

Como decía al principio, sólo he pretendido espigar algunos ejemplos del lenguaje marinero en la obra cervantina. Si en la persona de Miguel de Cervantes se encarnaron de modo eminente «la espada y la pluma», pienso que también en su literatura brilla, cuando es el caso, el trinomio «la espada, la mar y la pluma». Precisamente hace meses leía en una veterana y conocida enciclopedia *(Enciclopedia Universal Ilustrada)*, a propósito de una determinada voz, esta elegante crítica: «...porque las cuestiones navales han sido y son tratadas por los extraños a la vida de la mar (...) con tal caudal de inexactitudes y gran tergiversación de las palabras más comunes en el lenguaje marinero, que los técnicos, ni las más de las veces ni llegan a saber qué dicen tales escritos...». Lo que ya es menos disculpable es que, en ocasiones, los mismos profesionales empleemos con cierta pobreza el lenguaje técnico marinero.

Creo sinceramente que todo aquel que por oficio o afición conoce la marina de remo de los siglos XIII a XVII goza leyendo a Cervantes porque el texto le sitúa en la playa, en alta mar, a bordo, en guerra y en la paz. Y quien carezca de tal presupuesto se siente urgido a enriquecer su vocabulario hasta ser un personaje más de la escena. O sea, un trabajo muy bien hecho, digno de agradecer y de imitar —quien guste de usar la pluma— al inmortal *Huésped del Sevillano*.

CERVANTES Y EL MAR

Eduardo MARTÍNEZ RICO

Para el profesor Manuel Fernández Nieto y Manuel Santos, Capitán del Ejército de Tierra.

L mar cubre toda la vida de Cervantes... Nace en 1547 en Alcalá de Henares, en lo hondo de Castilla, pero pronto irá a la corte de Madrid, en la que un duelo con un joven, Antonio de Sigura, duelo probablemente provocado por él, le obliga a escapar de la justicia, hacia Roma. Nos encontramos en 1569; le habían condenado a cortarle la mano derecha, y no se la cortarán porque Cervantes pone pies en polvorosa, pero este hecho, por lances del destino, se materializará tiempo después en Lepanto. Sin embargo, el escritor Fernando Arrabal, en *Un esclavo llamado Cervantes*, dice que esto de la mano de Cervantes es una especie de juego, y él cree que nunca llegó a perderla, o a tenerla «inutilizada», como tantas veces se ha dicho. Para Arrabal, la mano de Cervantes era otra «falsedad» más en la vida del famoso escritor, y es verdad que siempre se le representa con las dos manos en su sitio. Pero la vida del «manco de Lepanto» está llena de ambigüedades, sinuosidades, ocultaciones, y es digna de la mejor novela de aventuras. Cervantes es un Guadiana del que no conocemos más que el 50 por 100, como una de esas ruinas arqueológicas que hay que reconstruir con lo que se ha conservado.

Entonces, con 22 años, huye de la justicia. Debió marchar de España a Italia por mar, por el Mediterráneo. El mar y la milicia están íntimamente ligados en nuestro escritor. Dicho de otro modo, el soldado que es Cervantes no se entiende sin el mar.

Iglesia, mar o casa real

Cervantes siempre quiso ser soldado; llevaba el oficio en la sangre y lo tenía como superior al de las Letras. Si le hubieran dejado, habría sido solda-

Estatua de Cervantes. Museo Naval (Madrid).

do hasta la muerte, dejando sus tiempos muertos para la literatura, como de hecho tuvo que hacerlo para escribir *La Galatea*, el *Quijote*, el *Persiles*... y tantas obras.

Había tres oficios claros en aquella época cuando uno no era de sangre noble. Cervantes lo expresa muy bien en su historia del Cautivo, en el *Quijote*, y era un refrán de la época:

Iglesia o mar o casa real, como si más claramente dijera: «Quien quisiera valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas», porque dicen «Más vale migaja de rey que merced de señor.»

Cervantes decía que ser «eminente en letras cuesta tiempo, vigilias, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas...», pero el oficio de soldado era aún más sufrido, y él conoció bien los dos:

«Y si éste parece pequeño peligro» —dice Don Quijote—, «veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de la tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario».

San Pío V y alegoría de la batalla de Lepanto, Museo Naval (Madrid).

Aunque no lo parezca, Cervantes, hoy, hubiera sido un escritor amateur, no un Pérez-Reverte o un Javier Marías. Sólo con el Quijote se hace famoso, con 57 años, y ni siquiera esto le da de comer, porque por aquellas fechas lo que abundaban eran las ediciones piratas, y el pobre Cervantes —porque lo era— no olió un duro de todos esos libros impresos. Ni siquiera de las traducciones que se empezaron a hacer en Inglaterra. Fue un autor de éxito internacional, pero sin dinero y casi sin enterarse.

Sin embargo, el orgullo cervantino aparece cuando entrega la segunda parte de su obra inmortal, y se la dedica al conde de Lemos. Cuenta, en un relato que no puede ser sino obra de su famosa ironía, que un enviado de la corte china le ha venido a visitar; un enviado del Gran Emperador de China. Le pedía a Cervantes autorización para utilizar el Quijote para enseñar en su país el español, la que hoy llamamos, por cierto, «lengua de Cervantes»:

«Preguntéle al portador si su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento.

—Pues, hermano —le respondí yo—, vos os podéis volver a vuestra China a las diez o a las veinte, o a las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dinero, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni recontrías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear».

Cervantes estaba seguro de que su libro sería traducido al chino, y no sólo al chino, sino a todas las lenguas del mundo, como así ha sido. Podía ser pobre y necesitado de grandes protectores, pero sabía muy bien lo que había alumbrado su talento. Y en esa internacionalidad, globalidad cervantina, viene de nuevo el mar, pues no se puede lograr sin cruzar las fronteras invisibles que crean los mares y los océanos.

El mar rodea a Cervantes, sí. Durante su juventud, tanto en esa escapada a Roma, donde sirvió como camarero a un cardenal, el cardenal Acquaviva, como en las temporadas que vivió en Nápoles, Florencia y otras ciudades italianas, siempre el mar está presente. Porque, además, alardeaba de su propio puesto en la galera: era arcabucero, y no sé si esto puede parangonarse hoy a nuestros infantes de marina, aunque Cervantes era más bien un oficial de bajo rango.

Andrés Trapiello, en *Las vidas de Miguel de Cervantes*, nos cuenta cómo vestían los famosos y muy temidos soldados españoles en Italia. No había uniforme, porque no había dinero para pagarlo; los ingresos de los soldados venían tarde y mal, y respondían sobre todo al pillaje, al botín de guerra. Pero las tropas españolas estaban orgullosas de serlo, y cada uno se construía su uniforme como más le gustaba, como podía, alternando colores chillones, con lo que ninguno pasaba desapercibido. Hay que imaginarse a Cervantes, en Nápoles, con un sombrero de plumas de variados colores, ala ancha, un jubón verde bien fuerte y calzas rojas... con algún toque de blanco, quizá en las mangas, y la espada larga... Nadie se reiría de Cervantes, porque las tropas españolas, tanto bajo el reinado de Carlos V como en el de de Felipe II, dominaban Occidente por aquel tiempo, y a la alegría de los colores respondían los cañones de las galeras y las picas de Flandes.

Lepanto y un valiente

Cuando Felipe II encarga a su hijo bastardo Juan de Austria que mande los barcos que se enfrentarán al Turco en Lepanto, Cervantes tendrá un protagonismo singular. Según los testimonios que tenemos, durante la batalla se comportó como un valiente. Cientos de galeras se enfrentaron en aquella hora, y el mar se cubriría de sangre... pero también de gloria, esa gloria huidiza para el soldado, que al final suele convertirse en olvido.

Se estaba jugando el control del Mediterráneo, y las potencias europeas jugaban papeles difíciles: Francia, Inglaterra y los principados italianos reconocían la supremacía de España, pero estaban dispuestas a hacerla tambalear. El Papa Pío V, con su fama de santidad, había conseguido que la empresa contra el Turco se llevara a cabo, aunque, como dice José Luis Olaizola, Pío V siempre creyó que la victoria posterior se debió más al rosario que hizo rezar a toda la Cristiandad que a los cañones de la Liga. Entre sus anhelos estaba el

rendir culto a Cristo en la tierra por la que anduvo: Santos Lugares, Jerusalén. Y por supuesto, Venecia apoyó a España por meros intereses comerciales, no por ningún ideal...

Los turcos se cuidaban mucho de atacar las plazas francesas, la catolicísima Francia, para que ésta no interviniera, y Francia no estaba dispuesta a participar en una ofensiva que encabezara España. Pero Felipe II había decidido que había llegado la hora de plantar cara a los corsarios sarracenos. El Turco era el enemigo, pero también el agente que podía desestabilizar la primacía española en el Mediterráneo, clave, como conexión y puente a África, Oriente Próximo y Asia. En aquella época, controlar el Mediterráneo —y esto ya lo sabían los romanos—, significaba controlar aquel mundo.

Olaizola, en su *De Numancia a Trafalgar,* nos recuerda, sin embargo, que aquella obsesión por el Mediterráneo quitaba fuerza a otra que vendría algo después, la de los Océanos, prácticamente vírgenes de las quillas de los barcos europeos.

El escenario de la batalla

Pero nos encontramos en Lepanto. Cervantes estaba enfermo, tenía mucha fiebre, y le ordenaron permanecer bajo la toldilla, pero él salió de allí y peleó en el esquife, la posición más arriesgada en aquella época. Como un valiente.

Rodeado de cadáveres, españoles y turcos, los palos de las galeras tronchados, el velamen en el mar... después de aquel ruido ensordecedor de cañones, Cervantes se debió de encontrar muy solo, pero muy victorioso. Y con una herida que le marcó toda su madurez: un arcabuzazo le dio en la mano, y se la dejó tonta para toda la vida, «para gloria de la otra», la mano con la que escribió *El Quijote*.

Cervantes fue una especie de capitán Alatriste —el héroe de Pérez-Reverte—, pero con una pluma entre los dedos, contando y fabulando todo lo que veía. No fue asesino a sueldo, pero la mala fortuna le persiguió durante toda la vida. Hay quien dice que debió de ser «un sinvergüenza», y algo de eso hay de cierto, pero sobre todo fue un hombre que tendía a meterse en líos, y esto es aplicable tanto a su servicio a España, probablemente debido a su espíritu de aventura, las circunstancias y el deseo de ver mundo, como a todo lo que le ocurriría después.

Porque en aquella época, segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, todo es aventura, grandeza y miseria. No entenderemos nunca a Cervantes si no vemos el pícaro que había en él, y también en aquella España, un rasgo nacional y un género literario que se desarrollaría por esos mismos años con *El Lazarillo de Tormes*.

Alegoría de la batalla de Lepanto, 1572. Madrid, Biblioteca Nacional.

Lepanto, batalla ganada por Don Juan de Austria y los españoles, tuvo pocas consecuencias, menos de lo que parecía. Las cosas cambiaron para seguir como estaban, y el visir Saikolli le dijo al bailío de Venecia:

«¿Venís a saber cómo está nuestro ánimo después de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre nuestra pérdida y la vuestra: a vosotros, arrancándoos un reino (Chipre) os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota nos habéis cortado la barba; el brazo no retoña, y la barba crece más espesa».

«Todo sigue igual», vienen a decir estas palabras, «pero todo puede ir a mejor para nosotros». Y Cervantes retorna al hogar en la galera Marquesa... Ahí son hechos prisioneros él, su hermano Rodrigo y muchos otros soldados más deshechos que enteros.

Cervantes ha contado esto en su relato del Cautivo, en el Quijote, de forma distinta. El Cautivo es un hombre que escapó de los sarracenos, después de

años preso en sus «baños», cárceles, y es un trasunto de Cervantes. El Cautivo siente toda la gloria acumulada que debió de sentir nuestro escritor, entre tantos dolores, pero con una lectura muy positiva:

«Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada (Lepanto), ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo —porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron—, yo sólo fui el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas en manos».

En Argel, junto al mar, permaneció cautivo cinco años hasta que fue liberado por los Frailes de la Merced, una orden especializada en tales menesteres. Pero eso tardó, y Cervantes realizó varias intentonas para escapar; debió de ser el cabecilla de aquellos desgraciados que penaban una culpa que no existía, servir a su Rey, y que no recibían ninguna ayuda de ese mismo rey. Cervantes tuvo que ser un hombre de buena presencia, y todavía era joven... El sultán se encaprichó de él, y aunque no tenemos testimonios —la biografía de Cervantes es un océano lleno de lagunas—, todo indica que ese sultán lo sodomizó en repetidas ocasiones, o al contrario, porque muchas veces pagó el castigo de sus huidas con otros favores.

Cervantes ha retratado estas circunstancias en obras como *Los baños de Argel,* porque todo lo que vivió lo fue fabulando, y al igual que el Quijote es una destilación, en movimiento, de todo lo que vivió por los caminos de España, toda la gente que conoció... las obras de Argel ponen sobre el escenario, más o menos, sus experiencias como cautivo. Con su habitual espíritu de libertad...

En aquella época, la única forma de vivir de la pluma era escribir para el teatro o servir a un gran noble. Lope de Vega triunfó en las tablas y Cervantes intentó las dos cosas, pero fracasó en el teatro; en cuanto al noble, el duque de Lerma le niega la posibilidad de ir a Italia con otros intelectuales —hoy los llamaríamos así, y aquello debía de ser como los actuales viajes del Instituto Cervantes—, algo que contraría profundamente a Cervantes, porque se sabía mejor que todos ellos.

Pero hay más sucesos relativos a Cervantes y el mar, muy profundos, siempre desvirtuados por la mala suerte cervantina, o por esa capacidad para meterse en líos. Como soldado, olvidado y con una mano inutilizada —que no le impide nada, por cierto—, aspira a participar en la Armada Invencible,

cuando la arma Felipe II. Ya sabemos que lo de «Invencible» fue un invento de los ingleses, mofándose de la potencia de una armada que finalmente fue derrotada. Ya antes nuestro escritor había pedido a Felipe II un cargo en las Indias, pero el Rey le contestó de forma muy decepcionante: «Busque por aquí algo en que se le haga merced.»

Cervantes, lejos de embarcarse en los barcos españoles, tiene que conformarse con proveer de vituallas y utensilios a la Armada, lo cual confirma su destino... Un hombre con vocación de militar, condenado a desarrollar un talento inmenso en el campo de las letras. Lo que para él debió de ser un *hobby*, se convierte con el tiempo, con los siglos, en instituciones como el Premio Cervantes de Literatura.

Cervantes se paseó Andalucía y Extremadura recaudando impuestos para la Armada Invencible. A esa función la llamaban «alcabalero», y estaba muy mal vista. Por supuesto, tiene problemas, y en un pueblo le acusan de quedarse el dinero recaudado... (Esto le ocurrió, en otro orden de cosas, a Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid, recaudador de parias con los reyes moros). Pasa una temporada en la cárcel, ni la primera ni la última, porque Cervantes estaba condenado a visitar los presidios de España, y allí escribía. Él mismo dice en el prólogo del Quijote que éste fue engendrado en la cárcel.

Pero todas estas experiencias, desde el mar hasta los viajes a Italia, las batallas, los caminos de España... le dan un fondo enorme, un *background* tremendo, como dirían los periodistas. Cervantes conoce profundamente España, se ha asomado a Europa y a África, y sabe cuáles son los males de su patria, los enemigos exteriores y los interiores. Efectivamente, como demuestra en las Novelas ejemplares y en el Quijote, Cervantes conoce España como la palma de su mano, como si tuviera el mapa del país entre los dedos, y es capaz de relacionarlo con muchas otras culturas... porque Italia era un crisol de gentes y conocimientos, y la cultura árabe era entonces poderosa en lo militar, pero también en refinamiento.

El mar, cosmopolitismo

La idea de mar implica lo internacional. Llegó un momento en que Cervantes se supo un poco «por encima del bien y del mal», y eso que le despreciaban, en parte por envidia, todos los escritores de la corte. En la dedicatoria al conde de Lemos de la segunda parte del Quijote, con ironía pero también con certeza, Cervantes se inventa un relato, y dice que su libro se traducirá, en el futuro, al chino. Naturalmente esto se ha confirmado, y el Quijote es comparable, en difusión, a los libros sagrados de las culturas más importantes: la Torah, la Biblia, el Corán...

Cervantes siempre tuvo muy a gala las heridas recibidas. Para él, los rastros que le dejó Lepanto en el cuerpo, y también Argel —seguramente lati-

gazos y cosas peores—, eran sus medallas más queridas. Por eso le dolía cuando el autor del falso Quijote, Avellaneda —un pseudónimo—, le tachaba de «manco y viejo», y de tener menos dientes «que el castillo San Servando» —por las almenas—.

Dice el escritor en el prólogo a la segunda parte de su Quijote:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.

Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien vale muerto en la batalla que libre en la fuga...»

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Cervantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.
Año, 1605.
CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Portada de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* por Juan de la Cuesta, Madrid, 1605.

En efecto, las heridas de guerra, para Cervantes, eran algo muy serio, la seña de identidad del soldado, la prueba de que había peleado y que el futuro, en su fuero interno, era campo abierto para el orgullo y la honra, con o sin barcos:

«Y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al decir la justa alabanza hase de advertir que no se escribe en las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.»

Soldado veterano

Nunca entenderemos a Cervantes si no lo tomamos como soldado veterano, siempre viajero y caminante, y, por supuesto, continuamente metido en problemas. Demostró que era capaz de hacerlo todo, desde luchar en una batalla naval épica a escribir la obra literaria más inmortal de la Historia. También demostró lo peor, aunque tratándose de un escritor hay que disculpar muchas cosas... Es un oficio que da tan poco dinero, que la mente se abre al mismo tiempo que se cierra el bolsillo. Ya mayor, antes de pegar el *boom* de su vida con el Quijote, Cervantes vivió en Valladolid, adonde el rey Felipe IV había hecho trasladar su corte. Allí montó una especie de burdel con sus sobrinas: él escribía en la mesa del comedor, mientras veía cómo entraban y salían hombres de su casa. Uno de ellos, Azpeleta, al abandonar las mieles de una sobrina cervantina, fue muerto en un duelo y Cervantes tuvo que testificar.

Don Miguel, al que no llamaban así, porque le escatimaban el «don», recordaba muchas veces con nostalgia los tiempos de Lepanto, su juventud brillante e italiana, y aquel hombre sublime en su imaginación, Carlos V, «el rayo de la guerra». La vida de Cervantes señala la frontera entre la España primera potencia del mundo y el comienzo del declive: España, al final de su vida —muere en 1616—, se convierte, para su dolor, en una potencia de segundo orden.

Era genio y figura. A los hombres sobresalientes muchas veces se les maltrata en vida, pero la posteridad se quita el sombrero —lleno de plumas— ante sus huellas.

BIBLIOGRAFÍA

ARRABAL, Fernando: *Un esclavo llamado Cervantes*. Madrid, Espasa-Calpe, 1996.
CANNAVAGGIO, Jean: *Cervantes. En busca del perfil perdido*. Madrid, Espasa Calpe, 1986 Cervantes, Miguel: *Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1992.
OLAIZOLA, José Luis: *De Numancia a Trafalgar,* Madrid, Temas de Hoy, 2004. TRAPIELLO, Andrés: *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Booket, 2005.
REY HAZAS, Antonio, y SEVILLA ARROYO, Florencio: *Cervantes. Vida y literatura*, Madrid, Alianza, 1995.

LAS ARMAS Y LAS LETRAS SEGÚN CERVANTES

Francisco CABRERIZO
Contador de navío de 1.ª clase

CEDANT ARMA TOGE, DIJO CICERÓN:
ARMIS TOGA CEDAT, DIJO DON QUIJOTE.

COMENTARIO maravilloso de estos textos contradictorios, es el discurso que pronunció DON QUIJOTE en la venta ante la Princesa Micomicona, Luscinda, Zoraida la conversa, don Fernando. Cardenio, el Cautivo, el Cura, el Barbero, con otros varios huéspedes, testigos también de la elocuencia del ingenioso hidalgo, loco, cuando de Caballerías andantes trataba, cuerdo, discreto y de cultura no escasa cuando discurría sobre materias sin relación con los descomulgados libros que le habían trastornado el juicio.

«Quítenseme delante, decía, los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, sean quien se fueren, que no saben lo que dicen.» ¿Qué razones daba DON QUIJOTE en apoyo de la tésis sustentada? Empezaba por exponer la razón que aducen los que dicen que las letras hacen ventaja á las armas. «La razón que los tales suelen decir, añadía, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, ó como si no trabajase el ánimo del guerrero, que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo.»

Proseguía discurriendo con aciertos indudables: «Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se

temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo.» Pero ¿cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero trabaja más? Esto se vendrá á conocer según DON QUIJOTE, «por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene pór objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras humanas, declaraba: «poner en su punto la justicia distributiva y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden; fin, por cierto, generoso, alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.»

Común ha sido durante no pocos siglos establecer constantes paralelos entre unas y otras disciplinas humanas. DON QUIJOTE lo estableció entre las armas y las letras, para conceder la supremacía á las armas sobre las letras y Gerónimo Merola, por ejemplo, lo estableció entre la Medicina y la Jurisprudencia, para conceder la supremacía á aquella sobre esta. Verdad es que si DON QUIJOTE profesaba las armas, Gerónimo Merola profesaba la Medicina. El amor de DON QUIJOTE á las armas y el de Merola á la Medicina explican, sin necesidad de nuevas investigaciones, la determinación explícita de los fallos. Lo que no se explica tan fácilmente, es que DON QUIJOTE, que andaba buscando textos en las escrituras para sostener la superioridad de las armas sobre las letras, no diera en sus investigaciones con aquel texto del Eclesiastes, puesto al final del capítulo IX, según el cual *melior est sapientia* quam *arma bellica*.

Todo esto indica claramente que Cervantes, soldado que perdió un brazo «en la más alta ocasión que vieron los siglos», ó sea en la batalla naval de Lepanto, con que se cerró el camino de Europa á la barbarie Turca, no daba importancia alguna á los tesoros de su ingenio y la concedía considerable á sus méritos militares. Por esto ha podido decir uno de sus más ilustres comentaristas que «el inmortal autor del Quijote estaba tan distante de saber lo que valía por su ingenio, que sólo se acordaba de sus méritos militares, que al cabo no podían pasar de ser los de un simple soldado, y así no echaba de ver que su siglo fué todavía más injusto con su pluma que con su espada». Verdad és que en todo este discurso y en la comparación de las comodidades que se prodigaban á las letras y se escaseaban á las armas, á pesar de la dura condición de los tiempos, Cervantes, por lo que se ve, no se olvidaba de sí. La pobreza en que se hallaba, después de estropado en la guerra, no le permitía conformarse con la desigualdad de los premios, entonces como ahora menos entregados al mérito que al favor, los cuales á su vista disfrutaban, á título de letrados, otros cuyos nombres aparecen en los registros de la historia cubiertos con velos de olvido, impenetrables a las miradas é investigaciones de los doctos: ¡hasta tal punto resultaron insignificantes y anónimos por sus obras!

Dicen las letras, proseguía DON QUIJOTE, «que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tiene también sus leyes y está sujeta á ellas, y dicen las armas que las leyes no se pueden sustentar sin ellas porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios, y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos aún durante la paz, al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra». Todo lo cual parece que debiera concurrir, como dirían los peripatéticos, á la proclamación de la unión estrecha é íntima de las letras y de las armas, ruedas de un mismo carro, elementos necesarios para el orden en los Estados como en las sociedades, puesto que la ley es obra de las letras y la aplicación de la ley, obra en muchos casos de las armas, cuando el Derecho no se cumple voluntariamente ó se necesita de las armas, para el restablecimiento del orden público perturbado.

Nunca quizás como ahora ha sido tan conveniente en algunos casos y necesaria en otros la unión de las letras y de las armas, para la acción del Estado. Antes, la ciencia entraba para poco en las artes de la guerra. ¿Qué ciencia necesitaban los héroes de Homero en sus combates? ¿Qué ciencia necesitaban para construir sus dardos y labrar sus lanzas? ¿Qué letras eran necesarias para la construcción de sus carros de combate? Sin letras podían los honderos baleares fabricar sus hondas y recoger de los arroyos sus proyectiles. ¿No son hoy objeto de innumerables cálculos y de estudios muy severos y cada vez más sólidos, la fabricación de cañones, la de fusiles, la de proyectiles para estas armas? ¿Qué estudios prévios no impone la construcción de una fortaleza moderna ó la de un buque de guerra cualquiera, no sólo en su parte externa, no sólo en sus medios ofensivos y defensivos, sino también en las máquinas, que son como alma que mueve aquel cuerpo? Los griegos pudieron construir en poco tiempo la armada que los llevó al Asia, á las costas mismas de Troya. ¡Qué tiempo y cuántos caudales no se necesitarían para construir una flota que representara, en estos momentos, la utilidad y el valor que aquella representaba!

Adviértase que existía una considerable diferencia entre las naves de que habla Homero y los trirremes que construían los corintios, cuyo secreto de construcción con la mayor severidad fué guardado por Amínocles, hasta que por mandato de la república hubieron de conocerlo sus aliados los de Samos. Pero ¿qué significan todos estos trabajos rudimentarios de construcciones navales, en comparación con nuestros destructores y torpederos de un lado y de nuestros grandes acorazados dé otro?

¿Quién puede negar las excelencias, junto con la necesidad de las armas, tan precisas para la vida del Estado? Cervantes describe por manera admirable, como se embisten «dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene

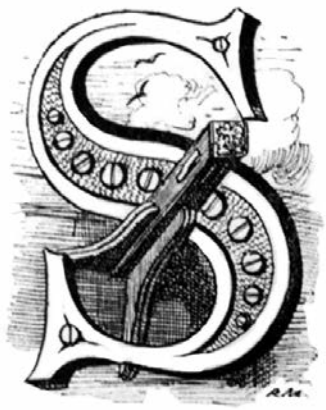
delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, *y* en todo esto con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, procura pasar por estrecho paso al bajel contrario, y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.»

¿Quién puede negar las excelencias, junto con]a necesidad, de las letras, tan precisas para la vida de la sociedad y del Estado? Sin leyes no hay orden, sin orden no hay sociedad, ni Estado, y sin sociedad y Estado es punto menos que imposible la vida del hombre. Por esto han de unirse en estrecho abrazo las armas y las letras en bien de la humanidad, como para bien de la humanidad aparecieron unidas en Cervantes, soldado valeroso al servicio de la patria, escritor incomparable, para regocijo de las generaciones que le han sucedido y le sucederán.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE

Cesáreo FERNÁNDEZ DURO



IGNIFICÓ D. Martín Fernández de Navarrete, dechado de amor patrio y de buen sentido, que cuando los varones insignes de una nación han contribuido con los esfuerzos de su aplicación y de su ingenio á mejorar las costumbres y á propagar la ilustración entre sus conciudadanos, entonces el honrar su memoria dilatando la fama de sus hechos esclarecidos, no sólo es obligación de la gratitud y obsequio a que nos estimula naturalmente nuestro corazón, sinó ejemplo que se ofrece para imitación y consuelo de todo el género humano.

Admitida la exactitud del aforismo, con rara unanimidad se aprestan en estos momentos las ciudades, las villas y aun los lugares más humildes, á celebrar con inúsitada pompa el centenario tercero de aparición de la obra literaria, comúnmente considerada prodigio de la imaginación, deleite de todas las edades y comprensiones, fundamento del título acordado por los contemporáneos y sancionado por la posteridad á Miguel de Cervantes de *Príncipe de los ingenios españoles*.

La Marina, siempre partícipe en las honrosas expansiones nacionales, tiene un motivo más que cualquiera de las entidades aludidas, tiene estímulo doble para alardear en la ocasión presente del entusiasmo con que se asocia al homenaje tributado al escritor insigne de renombre universal, el que es contado entre los pocos hombres cuya vida compendia la de la humanidad. Y es obvio; estima á Cervantes como suyo, le colocó, tiempo ha, entre la familia mareante, sin que las razones en que apoyó el hecho hayan sido hasta el presente controvertidas, y naturalmente, á su parecer, así como al *Regocijo de*

las Musas, se extiénden los antiquísimos blasones del Cuerpo de la Armada, en éste han de reflejarse y se reflejan los merecimientos de aquella genial personalidad, como los de todos cuantos han figurado, en su agrupación.

Soldado aventajado, Cervantes, en el tercio famoso de D. Lope de Figueroa; esto es, en el tercio de la Armada del Mar Océano, uno de los primeros de la infantería de su tiempo á juicio de historiador de la milicia, asistió á la batalla naval de Lepanto; ocasión, según palabras suyas, la más alta que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros; ocasión, si no la más brillante, de las más fecundas en resultados entre las que había presenciado Europa, aun cuando más no fuera que por haber sacado á las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar. ¡Y cómo asistió!

Hallábase á la sazón enfermo de calenturas, por cuyo motivo quisieron persuadirle, así el Capitán de su compañía como los camaradas, que se quedara en la cámara de la galera, mas él replicó que prefería morir peleando por Dios y por su Rey á meterse bajo de cubierta y conservar la salud con acción tan cobarde. Pidió entonces mismo al dicho Capitán, le destinase al paraje de mayor peligro y condescendiendo éste con tan nobles deseos, le colocó con 12 soldados, junto al esquife donde peleó con ánimo ejemplar, siendo después sabido que solos los de su galera mataron 500 turcos, entre ellos el Comandante de la Capitana de Alejandría y tomaron el estandarte real de Egipto.

Recibió Cervantes en tan despiadada refriega tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda que le quedó manca, de lo cual hizo honorífico mérito el resto de su vida, prefiriendo haberse hallado en la insigne jornada á tanta costa, á verse sano sin haber asistido á ella. En el viaje al Parnaso escribió:

> «Que al fin has respondido á ser soldado
> antiguo y valeroso, cual lo muestra
> la mano de que estás estropeado».

Hizo, pues, también, pública obstentación de su modesta plaza, apreciando tanto los servicios militares como los que prestó á las Letras, si bien los de *Lepanto* no fueron únicos. Curado de las heridas asistió los años siguientes á las campañas de Modon y Navarino, á la expugnación de la Goleta y de Túnez y al combate de la galera Sol con tres galeotas berberiscas, por consecuencia del cual, tras heróica defensa, fué llevado cautivo á los Baños de Argel.

Rescatado por gestión de la familia en 1580, se incorporó a su antiguo Tercio, que estaba en Portugal; embarcó en la Armada de D. Álvaro de Bazán, del cual hizo, adelante, merecido elogio apellidándole rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido Capitán; y por lo pronto concurrió á sus órdenes á la batalla naval de San Miguel de las Terceras, en la que, con fuerzas muy inferiores, se alcanzó una de aquellas victorias que perpetúan el nombre de los insignes Capitanes.

El mismo Cervantes afirmó, en Memorial dirigido al Rey en 1590, haber tomado parte en las jornadas de mar y tierra que se habían ofrecido de veintidós años á aquella data, con lo cual y las intermedias, navegaciones en el Mediterráneo y el Océano, temporales, siniestros, desembarcos, cazas y reconocimientos, ataques de plazas combates parciales ó de Escuadras, con mas, la intervención posterior que tuvo en el alistamiento y despacho de las flotas de Indias, quedó justificada su calidad de nauta.

Acredítanla por separado, como se apresuró á consignar su principal biógrafo, la muchedumbre y variedad de aventuras y sucesos marítimos que introdujo en sus obras, y aquel uso tan oportuno y adecuado de las voces y frases técnicas de la gente de mar que acrecentando la propiedad y elegancia de sus narraciones, le hace tan superior, en esta parte, á los demás autores castellanos. Apenas se encuentra escrito suyo en que no aparezca la mar como teatro de aventuras, en las que bosqueja con delectación las costumbres, las emociones y aün las preocupaciones de los navegantes.

¿Qué mucho que la Marina, siempre participe en las honrosas manifestaciones nacionales, cual va dicho, se apresure á ofrecer ahora por sí, y a juntar con todas las de palmas y laureles, una corona más, dedicada con efusión á la memoria gloriosa de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA?

SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA ARMADA